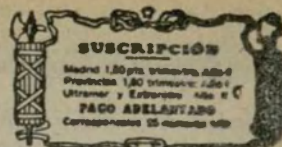


EL MOTÍN



Año XXXIII—Madrid, Jueves 19 de Junio de 1913.—Núm. 25

SUCURSAL:
Rivadavia, 1255
BUENOS AIRES

La lámina de hoy

Traspasar los linderos de la popularidad predicando ideas redentoras.

Crearse una personalidad que supera en mucho a las más altas.

Encarnar las aspiraciones y anhelos de un pueblo viril ávido de justicia.

Y cuando se ha tocado la cima, y todos los ojos están fijados en el hombre que tal ha logrado,

Ver que ese hombre se tira voluntariamente de cabeza desde su pedestal...

Esto es algo muy desolador, que no he sabido expresar de otro modo que del que se ve en la lámina de hoy:

Representando al Lerroux gubernamental que aplauden hoy los monárquicos, destrozando al Lerroux revolucionario que admiraron y elevaron los masculinos republicanos de Barcelona.

Genio y figura...

Si tuviera yo todavía quince ó veinte años por delante (que no lo deseo), quizás me diese por intentar curarme de la necia manía de expresar mi opinión lisa y llanamente, sin inspirarme en la ajena ni atender á mi conveniencia; porque cuidado si me ha proporcionado sinsabores la tal manía!

No puede nadie figurarse las cartas que recibí cuando dediqué dos ó tres números á combatir á Azcarate y á Pablo Iglesias por la puñalada tramera que concienzudamente asestaron á Lerroux en el Congreso, al discutirse aquello de las aguas de Barcelona, y lo de la cal, el yeso y el cemento. ¡Cómo me juzgaron! Conservo algunas de las cartas en que ponían á Lerroux que no había por donde cogerle, todo para proporcionarse al final el gusto de decirme que yo era otro que tal. Hubo hasta quien me preguntó qué parte me correspondía en aquellos negocios. Y digo negocios, por no emplear la palabra que empleaban quienes me escribían.

Y yo me decía entonces:

«¿Pero quién diablos me mete á mí en estos líos? ¿Qué me importa lo que se dice que pasa en el ayuntamiento de Barcelona? Ni yo tengo datos seguros para afirmar que algunos concejales no son dignos de serlo, ni si siguen ó no las inspiraciones de Lerroux en sus actos administrativos, ni pertenezco á un partido determinado al que deba defender; por lo tanto, que allá se las hayan Azcarate, Iglesias, Lerroux y los concejales. A mí na-

die ha de hacerme cargos por nada de eso, luego, «lo que no has de comer, déjalo cocer.»

Y á pesar de decirme todo esto, indignado ante aquella parodia vergonzosa del lavatorio de Pilatos, agarré la pluma, no para defender á Lerroux, sino para protestar de aquello que consideraba y sigo considerando una indignidad.

Y ya he dicho lo que me ocurrió; se lanzaron sobre mí todos los que creyeron llegada la ocasión de acabar con el lerrouxismo, dándose de baja en El Motín (esto es lo primero que se hace en tales casos) algunos suscriptores, por no comprender que un hombre como yo pudiera ponerse de parte de los pillos contra los honrados (esta frase era la más suave que usaban.)

Pasa el tiempo; me entero de que los concejales republicanos de Barcelona están ahora de acuerdo con sus antiguos detractores; no me arrepiento de lo que dije, pero exclamo:

¿Por qué tomarla yo con tanto calor aquello, si al fin y al cabo hablan de entenderse todos y navegar unidos por las mismas aguas, que todavía no sé si son sucias si son limpias?

Otro cualquiera habría escarmentado, y rehuido mezclarse otra vez en nada de aquello que no le afectara directamente.

¡Pero que si quieres!

Surge ahora la Semana Trágica de las jefaturas republicanas en el Congreso, y juzgo con todo comedimiento y hasta con cariño la conducta de Lerroux. Y contra lo que esperaba, vuelve á caer sobre mí un chaparrón de cartas y telegramas que no tengo ni tiempo de leer.

En unas me dicen pestes de Pablo Iglesias, con quien ahora estoy unido, según se dignan enterarme; en otras de Sol y Ortega, de quien me he declarado partidario, según me aseguran. Por tener de todo, hasta gracia inclusive tienen esas aseveraciones, aplicadas á un hombre que jamás se sometió á nadie, y obró siempre por sí, aunque jamás laboró para sí.

Esas aseveraciones vienen adornadas con pullitas á un servidor, que me confirman en la idea de que hago perfectísimamente en huir de los unos y de los otros, para no contagiarme de la peste del *chismorreó* político, que hace entre nosotros extragos sin cuento.

Esto no obstante, por aquello de genio y figura, y en uso perfecto de mi nunca desflorada autonomía, continuaré diciendo lo que se me antoje, sin tener en cuenta otros intereses que los del Pueblo republicano, al que siempre serví sin pedirle nada, y al que jamás tomé

como instrumento para elevarme ni mejorar de posición.

Y el que lo quiera así que lo tome y, el que no que lo deje. Cada cual es como es, y yo soy así.

Hablemos claro

La cualidad distintiva de la oratoria de Lerroux, es la claridad. Pocos oradores, quizás ninguno, se deja entender mejor.

Sin embargo, para contrarrestar el mal afecto causado por su último discurso dicen los suyos que no ha sido bien entendido.

Tengamos aquí lo de aquel labriego que discutía con el cura á propósito de no sé qué punto religioso, á la vez que le mostraba el libro de donde sacaba sus argumentos:

—No dice blanco aquí, voto á mi suegro?

—¡Es que ese blanco signi fica negro!

contestaba el cura, no sabiendo por dónde salir.

Bien: admito que no hayamos entendido el discurso de Lerroux los republicanos que no se lo oímos pronunciar.

Pero ¿están en el mismo caso los monárquicos que lo oyeron y que aprobaron y aplaudieron sus conceptos?

¿Tan faltos de entendederas andamos ya todos, lo mismo los que oyen un discurso que los que no lo oyen?

En otro orador que no fuera Lerroux, podría dudarse si fué ó no en la exposición de su pensamiento más allá de donde se proponía. En él no puede haber esa duda.

Hay, pues, que resignarse á confesar que Lerroux dijo cuanto quería decir; y que por decirlo muy claro fué aplaudido por los monárquicos, y es ahora censurado por algunos republicanos, entre ellos yo.

Hablemos en razón

Un poco de serenidad, correligionarios, un poco de serenidad.

Yo, al condenar lo que han hecho Lerroux, Azcarate y Alvarez, no trato de buscar: ni partidarios, ni actas, ni presidencias de nada; ni siquiera un partido que me dé pretexto para ofrecer mis servicios á un gobierno monárquico contra otro. Por no buscar, ni siquiera busco aplauso ni plácemes.

Pretendo únicamente dar á conocer mi opinión sobre los hechos trascendentes para la vida republicana que han

Corrido estos días, y animar á los que esmayan, para ver si impido que caigamos en el escepticismo más completo.

Pongamos, pues, todos las cartas boca arriba, lo mismo los que vienen haciendo política monárquica desde el campo republicano, que quienes han amañado en su actitud revolucionaria, que quienes condenamos ciertas actitudes.

¿Que hay quien cree, ó le conviene aparentarlo, que la Monarquía puede realizar las aspiraciones democráticas de la República? Pues váyase á la monarquía, pero con la frente levantada, cual cuadra á todo convencido; sin tapujos de ramera vergonzante; que no seré yo quien lo zahiera una vez dentro; allá que lo absuelva su intención, ó le impongan sus remordimientos la penitencia.

¿Que hay quien, aleccionado por la experiencia, ó desencantado por tentativas frustradas, ó atento principalmente á su personal interés, cree ahora que la revolución no puede intentarse por falta de primera materia en hombres, en abnegaciones, en armas, en recursos? Pues que lo diga claramente también, y no mantenga una actitud que á lo mejor desmiente con sus declaraciones ó sus actos.

Lo que no debe continuar en modo alguno, es este ofrecer y no cumplir; crear nuevos partidos para traer conflictos nuevos; vivir entre diatribas, chismes é insultos continuos; empujar hacia sus casas á los republicanos que no se prestan al juego de los jefes; fomentar los odios de fracción á fracción.

Y lo que debemos evitar, es que la opinión nos tome por resucitadores de aquellas taifas que desolaron á España á la caída de los árabes; que nos confunda con los barateros de feria, por lo mucho que bravucoséamos fuera de tiempo y sazón; que nos tache de mujerzuelas de arroyo, según lo que vociferamos y manoteamos; y que acabe por pronunciarse toda entera en contra nuestra, no asustada de nuestros radicalismos, sino asqueada de nuestras odiosas rencillas, de nuestros sometimientos serviles á la voluntad de éste ó aquél.

De todo esto debemos curarnos y todo esto debemos evitar; en la inteligencia de que, si muy pronto no adoptamos una resolución enérgica que nos devuelva el prestigio, la seriedad y la honra que hemos perdido, pasaremos á la Historia como partido.

La vuelta de Maura

Ha dicho Lerroux que su partido se basta para impedir la vuelta de Maura al poder. Más vale que no llegue el caso de tenerlo que demostrar.

Si el rey llamase á Maura, lo natural sería que Maura se aperciese convenientemente, para poder reventar á todo el que pudiera crearle dificultades en los primeros momentos.

Y no sería justo sacrificar un sólo hombre, para impedir que gobernase aquel

á quien el mismo Lerroux ha ofrecido en el Congreso darle la absolución del pecado de 1909, si lo confiesa, se arrepiente y promete la enmienda.

Y diré más:

Si se tiene poder bastante para impedir que gobierne un hombre que, desde el momento de ser llamado por el rey, contaría con todos los elementos de fuerza que hay organizados en España, indudable es que se pueda también intentar un movimiento revolucionario:

¿Y por qué, deseando la revolución, no lo ha preparado ni intentado Lerroux, ni aún en los tiempos que contaba más fuerzas que ahora?

Sobre esto de impedir la vuelta de Maura al poder, he disentido siempre un poquito de los correligionarios que veían tan mollar la cosa. Unidos todos, y teniendo perfectamente preparada la huelga general, indudablemente hubiéramos podido intentar algo. ¿Pero separados, y con la huelga en embrión nada más? Lo dudo por lo menos.

Y no digo nada hoy que la Conjunción está muerta, y nadie se entiende.

Por lo tanto, acabo como empecé.

Más vale que no llegue el caso de tenerlo que demostrar.

¿Para qué discutir?

Si; ¿para qué discutir, perdiendo así un tiempo que podemos emplear en labor más provechosa?

Eso de que de la discusión brota la luz, no es axioma para republicanos. Entre nosotros lo que brota son las tinieblas.

Por lo tanto, vamos á lo que no admite discusión:

¿Es ó no cierto que Lerroux se ganó la jefatura del republicanismo barcelonés predicando y prometiendo la revolución?

¿Es ó no cierto que la revolución continúa hasta ahora envuelta en los misteriosos limbos del no ser?

¿Es ó no cierto que Lerroux ensalzó la Semana Trágica, producida por la guerra de Marruecos?

¿Es ó no cierto que ha defendido después esa guerra, causa de la Semana Trágica?

¿Es ó no cierto que los concejales de Barcelona han sido hechuras suyas?

¿Es ó no cierto que algunos de estos concejales han dado lugar á que Barcelona no se envanezca de su gestión administrativa?

¿Es ó no cierto que muchos de los hombres que estaban al lado de Lerroux, no están ya?

¿Es ó no cierto que carece hoy de la fuerza y el prestigio que tuvo?

¿Es ó no cierto que los monárquicos han aplaudido su último discurso?

¿Es ó no cierto que ha justificado el fusilamiento del desgraciado Sánchez Moya?

Pues si todo eso es cierto ¿á qué negar o?

Y si es fue za confesarlo y admitirlo

¿á qué darle otra significación que la que tiene á la crítica tranquila y desapasionada de esos dichos y de esos actos, que es únicamente lo que yo he hecho, sin aludir siquiera á ningún otro de los cargos que otros republicanos hacen á Lerroux y que yo jamás le hice?

¿A qué enfurruñarse?

No hay que subirse á la parra los unos, ni gritar los otros, ni incomodarse los de acá ó los de allá; los hechos son los hechos, y ellos nos dicen:

Que Lerroux hizo prosélitos en Barcelona y en toda Cataluña, predicando á toda hora y en todos los tonos la revolución.

Que luego se contuvo, contentándose con hacer un poquito de revolución cada día.

Y que ahora ha justificado en el Congreso el fusilamiento del fogonero de la Numancia, y los monárquicos lo han aplaudido por sus declaraciones gubernamentales.

Si los que lo elevaron antes, cuando predicaba lo contrario que ahora, están conformes con él, resultará que no es él sólo quien ha variado, sino también ellos; en cuyo caso habría que felicitarlos á todos por estar siempre al unísono, lo mismo cuando el jefe toca á toda llave el cornetín revolucionario, que cuando le pone sordina.

Y esto me haría recordarles aquella escena de la opereta bufa *Barba Azul*, en que el rey Pipino pregunta á sus cortesanos: *¿Qué hora es?*, y ellos, encorbandos envejecidos el espinazo, le contestan: *«La que Vuestra Majestad disponga»*, si no supiera que los republicanos catalanes podrán estar engañados, pero no cometen á conciencia actos de servilismo.

Incongruencias

Arde la guerra en Africa, devorando lo más selecto de nuestra juventud.

Cunde la emigración, que deja desvastados nuestros campos.

Los puertos y aduanas son otras tantas arterias abiertas, por donde la riqueza, que es la sangre nacional, exfluye al extranjero.

Tenemos perdida la soberanía religiosa que la Constitución recibió de la Monarquía tradicional.

Perdida la soberanía económica, lo que nos esclaviza á la Banca judía con una deuda insoportable.

Perdida la independencia política, lo que nos convierte en recua de cualquiera potencia ó en requetés de sus aventuras peligrosas.

Vemos morir la infancia de anemia y de tuberculosis; la juventud, de sífilis y neurastenia; y los que escapan á estos morbos terribles, viven raquíticos y viciosos, sin instinto de la vida.

Vemos convertida en política de domi-

nio la religión; en negocio la moralidad; en trampa la ley; es irritante la justicia, desvergonzado el tráfico político; ruge la revolución anárquica abajo, y afila sus puñales á vista de las autoridades el carlismo.

Huye de la patria la intelectualidad luchadora; se sacan á subasta las joyas artísticas heredadas de nuestros mayores; nos vemos despreciados fuera, desmoralizados dentro; no queda en pie más que la plaza de Toros, el convento, el Hospicio, el asilo, el lupanar y la taberna, amparados por la autoridad y la ley que cultivan estas fuentes de muerte y de enervamiento.

Y en estos momentos, y estando todo cual digo, es cuando se le ocurre á un jefe republicano pasarse á la monarquía que á tal situación nos ha traído; á otro ofrecerse á ayudarla desde nuestro campo; á otro amainar en su actitud revolucionaria.

Incongruencias políticas he visto, pero como esas ninguna.

Cosillas

Recibo cartas de felicitación por lo que he dicho de los jefes que se han colocado últimamente en actitud franca ó equívoca favorable á la monarquía, y las recibo de censura también. Siguiendo mi costumbre, no publicaré unas ni otras.

El republicano de quien siento más dis-sentir, es de Lerroux.

¿Por qué? Simpatías aparte, porque es el único que ha estado en condiciones de hacer algo decisivo. Tuvo la suerte, ó la habilidad, ó el talento de llegar á tiempo á la población más revolucionaria de España, y adueñarse en absoluto de las voluntades, y es doloroso que haya perdido gran parte de la popularidad que alcanzó sin haber hecho nada. Por cierto que producía impresión muy triste verlo alabarse en el Congreso de las varias cosas que ha impedido hacer.

¿Que todavía le quedan partidarios en Barcelona? Esto prueba lo que digo y depone en contra suya. Si no habiendo hecho todo lo que debió hacer por conservarlos, y si mucho para que se apartaran de él, retiene bastantes todavía, ¿quién duda que continuaría siendo el árbitro de los destinos de Barcelona y de toda la provincia, y quizás de toda la región catalana, si persevera en la actitud que le ganó la popularidad aquella?

Ser Urquijo en la Banca es mucho, pero es cuando no se ha sido Rostchild.

Hay que rendirse á la evidencia. Desde que comenzaron los republicanos á aficionar-se á las concejalías, el partido anda de cabeza.

Con pocas excepciones, Málaga, Coruña, Figueras entre ellas, los concejales republicanos no se han distinguido, ni por sus iniciativas administrativas, ni por su moralidad: los ejemplos de Madrid,

Barcelona y Valencia han sido deplorables y nos han arrebatado la fama de que más nos envanecíamos.

¿Que no han sido todos los concejales los que han faltado á su deber, sino algunos, los menos? Convenido. ¿Pero por qué no protestaron de la conducta de sus correligionarios, retirándose después á sus casas, los que cumplieron con el suyo?

A los republicanos nos viene ocurriendo tiempo há lo que á ciertos hombres muy aprensivos: se sienten mal, pero no se atreven á consultar un médico por temor á enterarse de que su enfermedad es más grave de lo que se figuran; ni siquiera á mirarse al espejo por no advertir alguna alteración en su rostro.

Error. El mal debe mirarse cara á cara, y extraer de la voluntad energía para afrontarlo.

A males trances más bríos.

He oído decir muchas veces:

«Para hacer un ídolo se necesita un escultor; para derribarlo basta un martillo.»

Falso de todo punto.

El escultor Pueblo erige un ídolo, cólalo sobre un pedestal muy alto, atribúyete los milagros que él quisiera que hiciese, y se arrodilla ante él.

Y ni aun después de estar convencido de que no milagrea, se atreve á empuñar el martillo y destrozarlo.

Por esto se perpetúan sus males.

Ahora se ve claro por qué ciertos jefes repudiaban todo intento de unión, fundando su negativa en razones de pie de banco.

Tenia cada cual in menti lo que ha realizado ahora, y querían todos quedar en completa libertad de acción.

La conciencia de los arrivistas tiene á lo mejor extraños pudores.

No conseguiré, (esto ya lo sé yo), que abandonen sus partidarios á los que andan en coqueteos con la monarquía: unos por afecto, otros por agradecimiento, algunos por ver venir, y la mayoría por no confesar su error, permanecerán á su lado.

Sin embargo, hubiera sido un espectáculo hermoso ver que se separaban de ellos al contemplarse estafados. Se hubiera dicho:

«Aún hay caracteres en España.»

Una de las frases de Lerroux en su discurso, fué la de que no hay hombres ni partidos en España.

Conforme con él, (por modestia no digo que conforme él conmigo), pues hace muchos años que lo vengo diciendo. Y demostrando.

Canalejas no hizo en el poder nada de aquello que había derecho á exigirle, no sólo por las ideas que profesaba, sino por sus ofrecimientos en la oposición, y en tal sentido, hay que disculpar al Sr. Al-

varez por la saña y crueldad con que lo combatió.

Lo que no se explica ni merece disculpas es que hoy, sin haber hecho nada Romanones, crea que su amor á la democracia le impone el deber de entrar en tratos con él para ingresar en la monarquía.

Difícilmente se encontrará un hombre más enemigo que yo de emplear la violencia para alcanzar un resultado favorable ó beneficioso para el individuo. Y, sin embargo, combato á los republicanos que sostienen que puede llegarse al triunfo completo de la democracia evolucionando hacia la Monarquía.

Y tan firme es esta mi opinión, que si hoy estuviera exclusivamente en mi mano que viniese mañana mismo la República pacíficamente, no vendría; tan convencido estoy de que, si no llega precedida de un gran sacudimiento, será una gran calamidad para España.

¿Por qué? Porque se pondrían á su frente los hombres que figuran hoy en primera fila, y habría forzosamente que apelar á los quince días á la violencia para barrerlos.

Si el Pueblo saca de lo ocurrido las enseñanzas que debe, debemos alegrarnos de lo ocurrido.

El republicanismo de ciertos señores había llegado á ser una moneda falsa que tomábamos y dábamos todos, á conciencia de que no era de ley.

No obstante, pasará tiempo antes de que esa moneda sea retirada de la circulación.

De todas las cartas y telegramas que he recibido estos días, saco esto en claro:

Que hay republicanos revolucionarios que están conformes con que se fusile al militar que se subleve, aun cuando lo haga á instigación nuestra, y que, por lo tanto, condenan la memoria de los que fueron fusilados por sublevarse en favor de la República.

Que encuentran bien que Lerroux, su jefe, reciba aplausos de los monárquicos en el Congreso por sus declaraciones gubernamentales, aunque desmienta así las que hace en los mítins.

Que no encuentran mal tampoco que ofrezca á Maura el indulto por lo de la Semana Trágica, siempre que prometa no reincidir.

Que creen que nada de esto empaña siquiera el inmaculado espejo de la consecuencia revolucionaria de su jefe.

Y que toman por verdad demostrada é indiscutible aquella frase de Estévez: «mientras Lerroux conspira contra la monarquía, los republicanos conspiran contra Lerroux».

A los que me recuerdan esa frase cuál si pudiera alcanzarme, únicamente les digo:

Tomando la palabra en la acepción de unirse secretamente con otros para dañar á alguno, jamás he conspirado. Siempre atacué cara á cara y á la luz del día.

Y en cuanto á conspirar contra Le-
rroux...

Que se lo pregunten á él.

JOSE NAKENS

Somos y seremos republicanos

Somos y seremos republicanos, porque racionalmente no se puede ser otra cosa.

No hemos sido ni seremos monárquicos, porque esta institución ha encarnado siempre el despotismo y la tiranía.

No aceptaremos jamás esa forma de gobierno, porque su principio hereditario es contrario á las leyes naturales, repugnando por lo tanto á la razón y al sentido común.

No la queremos, porque lleva como lastre esa sanguijuela llamada aristocracia, alimentada con el producto de los que sufren y trabajan, y porque su sostén no es la voluntad popular, sino la fuerza ejercida casi siempre contra el mejor.

En fin, no somos ni seremos monárquicos, porque las monarquías se basan únicamente en estos tres fanestos y monstruosos principios:

«Favoritismo, Derecho hereditario y Privilegio.»

¿Está claro? Por eso repetimos: no somos ni seremos nunca monárquicos; por eso siempre seguiremos, sin detenernos en el camino, luchando por la República.

¿Por qué somos republicanos? Mayormente porque esta forma de gobierno basa sus principios en lo que la razón dicta:

«Igualdad, Libertad y Fraternidad.»

Además, somos republicanos y no monárquicos, por lo siguiente:

La República es la triple consagración de la democracia, religiosa, civil y política, como definida admirablemente por Lombart y otros ilustres republicanos.

Democracia religiosa, que abomina de las religiones oficiales, que apaga las cien formas de hogueras inquisitoriales, que predica la tolerancia, que reconoce al hombre el derecho de adorar á aquello que le dicte su conciencia. Es decir, enseña sin quemar y apostoliza sin guerra. (Desmoulins).

Democracia civil, que significa la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley; que extingue los privilegios, porque atienden á fomentar la ociosidad, que proclama la desamortización de lo amortizado para el desenvolvimiento de la producción, que promueve y amplía las relaciones sociales.

Democracia política, que tiene por principios la inteligencia y la honradez para el desempeño de los cargos públicos; que repele la inamovilidad por absurda; que pide la descentralización administrativa y moral para la emancipación del municipio y de la provincia; tiene por base, como decimos antes, la soberanía popular, manifestada por el voto libre y universal sin coacción alguna; proclama, en fin, la misma igualdad de respetos y consideraciones para todas las varias manifestaciones de la actividad humana.

Vemos ahora el Código de las monarquías, como ampliación á lo anteriormente dicho.

En ellas, la sociedad se divide en dos clases: aristocráticas y populares; nobleza y consideración para aquellos que no trabajan, que viven la vida de sus mayores, que significa la más de las veces nulidad; degradación y tiranía para estas que fecundizan las industrias, que activan la producción y que crean las civilizaciones.

El principio del régimen monárquico, decíamos, es la herencia. ¡Fúndase el mérito del ciudadano en el acto casual del nacimiento!

En resumen, lleva encarnadas la intolerancia, la ciega obediencia del súbdito, la persecución al pensamiento libre, la diferencia de castas hasta entre los muertos, la esclavitud del obrero, la pena de muerte, el sostenimiento de sin fin de parásitos y otros muchos puntos que podríamos enumerar.

Para terminar. Somos y seremos republicanos, porque la República simboliza el bien. No somos ni seremos monárquicos, porque las monarquías son un mal.

El Clamor

Castellón.

La Democracia, de León, copia también este artículo.

Donde estábamos

No se acabará esto. El partido republicano, á pesar de cuantas defecciones ocurren, continuará siendo en España, con los socialistas, lo único sano y redentor.

No queremos juzgar actitudes. Los que se sientan con ánimos para ir imaginando que por ser sinceras son leales, pueden adoptarlas y definir las. La opinión juzga á todos y no es por cierto simpático el nombre que da á cuantos abandonan el campo en que luchaban.

Pero aún imaginamos que, en estas agitaciones en que se remueven hasta los cimientos de la vida nacional, de suyo cuarteada y desquiciada, hay alucinaciones, espejismos. ¿Quién cree que va á democratizarse la monarquía española? Embelecos de niños, consejas de viejo, purísima fantasía. La monarquía española ha podido dar un paso adelante, por leve que hubiese éste sido, durante estos cuatro años de gobierno liberal. Aún no lo ha hecho. Llegó primero la pistola de un homicida á paralizar la mente de Canalejas, antes que el malogrado presidente pusiese en el punto de las promesas una sola realidad.

Pero, ¿hemos perdido todos la memoria? El gran Castelar también creyó que la monarquía iba hacia él, que no era el gran tribuno quien claudicaba, sino que el régimen, necesitado de savia ópima, robusta, evolucionaba hacia él. Castelar licenció su partido. Todo él, salvo contadísimos patricios, incorporóse al régimen. Algunos meses antes de morir Castelar, pronunciaba sus melancólicas pa-

labras de arrepentimiento ó de reconocimiento del error cometido.

La monarquía borbónica continuó haciéndolo lo mismo. Los partidos monárquicos siguieron su senda de perdición. España continuó siendo el campo de experimentación para los clericales. Las más grandes catástrofes sobrevinieron. Todo está igual que en aquellos tiempos, ó quizás peor. Ahora, el régimen monárquico necesita apoyarse en nosotros para vivir, y en esos desmesurados elogios que prodigan á nuestros hombres, en el júbilo que rebosan sus semblantes ante la posibilidad de una anunciada aproximación, se advierte el deseo vehemente de que á él vayamos, lo mismo los oscuros luchadores anónimos que los más ilustres primates del republicanismo.

No: esto no será ni debe ser. No queremos pensar el rostro de tristeza inmensa que pondrían Pi y Margall, Salmerón y Castelar si pudiesen contemplar el uso que se hace de la hermosa herencia ideal que nos legaron.

La distancia que nos separa de la monarquía borbónica no podemos recorrerla nosotros. No creemos que haya nadie que la salve.

El Pueblo

Valencia.

Hay que hablar claro

Fuerza es decirlo; pero la evidencia lo está demostrando: la mayoría de los primates republicanos vienen ya hace algún tiempo haciendo coro á la monarquía, á la que parece que se van aproximando poco á poco. No sabemos qué ven en la monarquía, qué esperan de ella, qué fuerza superior les guía y les atrae hacia ella, que así dejan abandonados á aquellos que durante años y años les han venido siguiendo con lealtad. A aquellos que han luchado por conducirlos al puesto que ocupan y á veces perdido su bienestar y su tranquilidad en luchas electorales y de partido y ahora se ven abandonados, porque á los generales que guiaban las numerosas huestes, se les antoje cambiar de postura y pactar con el enemigo de toda la vida que tanto daño les causara.

Eso han hecho los jefes republicanos y es necesario que esto no quede así, pues precisa un castigo pronto, enérgico, cual corresponde á los que han engañado á antiguos y honrados compañeros que con ellos han militado durante tanto tiempo en la oposición, siendo el blanco de los caciques monárquicos que los han molestado y causado vejaciones sin cuento.

Los republicanos honrados, los republicanos de buena fe, jóvenes y viejos, los que tenemos fe en nuestras ideas, los que no profesamos esa ridícula teoría de que la «forma de gobierno es accidental», debemos antes que la monarquía recoja á esos falsos republicanos, en los que habíamos creído, debemos, repetimos, arrojarlos de nuestro lado, para no tener ya contacto alguno con ellos y quedar solos, uno, dos, veinte, ciento, los que seamos, unidos en apretado haz para combatir al régimen monárquico, puesto que como decía muy bien el señor Azcárate, no en vano hemos estado cuarenta años—ó los que sean—profesando ideas antimonár-

quicas, para que ahora á la postre dejemos de ser republicanos.

Aquellos falsos republicanos, están siendo objeto de las más acerbadas censuras por su actitud incomprensible, porque en lo sucesivo serán cómplices, puesto que con ellos van á laborar, de los que nos llevaron al desastre colonial de los que despilfarran el dinero de la nación aumentando de una manera fabulosa la deuda pública, de los que nos han llevado á Marruecos á derramar sangre y dinero, de los que nos arruinan con la segunda escuadra... en una palabra, entran para vestir las casacas de las que muy oportunamente hablaba el señor Maura en su despectivo discurso contra la monarquía.

Aún es tiempo de enmendar el disparate que van á hacer: si no lo hicieran, peor para ellos. Pero los que siempre hemos sido republicanos empedernidos, continuaremos en nuestro puesto de honor, sin preocuparnos para nada de lo que hagan los demás.

A.

El Porvenir de León.

Maura no es un jesuita

Los enemigos de Maura le han acusado muchas veces de ser un jesuita. Yo creo que es una injusticia ofender al jefe conservador tan gravemente. Voy á intentar demostrar que el perturbado y apocalíptico malorquin, en cuyo cerebro deben danzar, monstruosos, algunos nombres de pesadilla—Infesto, Osera, el barranco del Lebo, Salamanca, Monjuich,—no es, ni puede ser un jesuita.

Distingue á esta Sociedad religiosomercantil la aparente suavidad de procedimiento, el método hábil de la captación espiritual por sugestión, la refinada hipocresía de los que la constituyen. Los jesuitas, muy observadores, saben bien el campo en que pueden operar con éxito: en la inteligencia mediocre de las damas histéricas; junto al lecho de los enfermos donde la intrusa acecha y Satanás bailotea, guiñando voluptuosos sus ojuelos rapaces. En cada jesuita hay un alma de usurero, que se rie al infeliz que le cae entre las garras, para ahogarle luego y sorber su sangre.

Maura no es, ciertamente, un hipócrita. De seguro cree fervorosamente en Dios, en la gloria y en el infierno, en las llamas como lenguas de fuego del Purgatorio. Su carácter es duro, rectilíneo, pétreo; su austeridad, ciega; y como su sabiduría es ridículamente limitada, Maura rentra de exactamente al tipo legendario del fanático, que cuando las persecuciones hula á la Tabaida, y luego, dominador y fuerte, quemaba en la plaza Mayor á los herejes. Maura hubiera sido un perfecto Gran Inquisidor, tan sincero consigo mismo como cruel para los demás.

Por eso no puede gobernar, porque el procedimiento para conducir á las multitudes no puede ser esa morbosa hosquedad de que batorea, sino la blandura, el amor. Gobernar es transigir.

El fanatismo de Maura, que le llevó á creer á Cierva un célico apóstol del bien, es un caso de clínica. No porque se diga

una vez más, es menos verdadero: Maura está loco.

Como lo estaba fray Jerónimo Savonarola, como lo es el pastor Brand en el drama ibseniano. Maura va gritando desahogado, y un silencio sepulcral acoge sus rugidos: «¡Todo ó nada!... ¡Todo ó nada!... ¡No haya transigencia! ¡No haya piedad!»

Estos hombres dementes suelen acabar muy mal. He citado á dos que murieron, quemado el uno ante el pueblo florentino, y ahogado por un alud de nieve el otro, abandonado de las gentes.

Sería cosa de pretender librar á Maura de un fin trágico, ocultándolo en un manicomio.

JESÚS J. GABALDÓN

San Feliú de Guixols.

Fandango eclesiástico

Después de algunos meses de forzos^a ausencia, he vuelto á la Biblioteca Nacional y á la Sala de Revistas.

Esta sala representa el cerebro palpitante de España, la ciencia del día, el pulso de la intelectualidad española. Algún día haremos la anatomía y describiremos la fisiología de este cerebro español.

II. y veremos un lóbulo solamente y una palpitación de ese lóbulo: el lóbulo eclesiástico, que, como es sabido, es el gran tumor de todos los órganos de nuestra Patria, de todos, sin exceptuar ninguno, incluso los órganos de la generación.

Estamos ahora en lo del cerebro, y en lo de las Revistas, en donde encontramos algunas novedades, que el profano verá con curiosidad.

Sepa primeramente que las revistas nacionales de mayor importancia, son el *Boletín de la Academia de la Historia* y la *Revista de Archivos y Bibliotecas*. Aquella representa el jesuitismo; la otra la democracia de la Historia.

En el *Boletín* hallamos la noticia de haber sido nombrado correspondiente de la Academia un nuevo jesuita: el P. Cecilio Gómez Rodeles. Esto es, que tenemos un nuevo académico jesuita en puerta, para suceder al P. Fita, que es el heraldo de la Compañía en aquella casa-fuerte, especie de castillo encantado, cerrado al público, y para entrar en el cual se necesitan más tiempo y resignación que para penetrar en los archivos secretos del Vaticano.

En la Academia hay un archivo á donde hay notables monumentos históricos. No hay índices ni catálogos para el público, y aún dicen que ni para los demás: de modo que ya ven: es un desván de la Historia, donde están en montón como trastos viejos, documentos desconocidos. ¿Se comprende por qué la Compañía tiene interés en intervenir aquel desván?

Porque supongamos que aparece un documento comprometed^r para la Compañía... Un documento... ¿cuál pondremos por ejemplo?... Pues... supongamos, los testamentos de los señores de Loyola... O si ustedes quieren, el proceso de la Inquisición contra el Padre Rábago, confesor de los reyes, por solicitante de sus confesadas á cosas deshonestas...

¿Que no aparecerán?... ¡Quién lo sabe!... Yo sé que desaparecerán, y que todo lo desaparecido puede reaparecer.

Yo sé que hubo proceso contra Rábago. Como lo hubo contra el jesuita Juan de

Avila. Lcs tubo, por mi fe... Pues ¡lo que dirían aquellos procesos!... Porque este es el caso: que yo sé que el P. Rábago fué empapelado por eso: por *solicitante de turpía* que decían entañó. Lo que no he averiguado del todo, es quienes fueron las solicitadas, ni donde, ni cómo, ni cuándo, ni desde donde y hasta donde. Y esto sería muy curioso de saber, y la Compañía no ganaría con ello gran cosa. Ni sus penitentes tampoco. Y según quienes fuesen, podría haber el riesgo de que las señoras aristocráticas dijese:

—¿Si esto hizo un jesuita confesor de reyes... qué no harán los otros con otras?

Lo que habrá allá dentro de aquel castillo encantado, no podemos saberlo los profanos. Hemos de juzgar por conjeturas fundadas sobre lo que vemos en el *Boletín* que podría llamarse muy bien *Boletín eclesiástico* y aun *Boletín jesuitico*. El jesuitismo devora las cuatro quintas partes.

Aun la historia de San Luis Gonzaga nos metió allí el P. Fita; y claro está que todo lo demás está manido siempre al gusto jesuitico. En fin: que los demás académicos tienen mucho de comparsas de la Compañía.

Menos mal que la *Revista de Archivos* parece no estar sometida al director espiritual. En él se han publicado cosas muy sabrosas que han debido saber á la Compañía á guindilla fina. El P. Mir publicó allí el *Memorial* del Dominico Lafuente contra los escándalos jesuitas de su tiempo, que no hay más que pedir. Los jesuitas salen allí en setara, en camisa en calzoncillos, y aun sin calzoncillos y sin camisa y aun sin hoja de parré, y peor todavía.

Constele, pues, al público. Para leer una verdad histórica no ajositada, hay que acudir á esta. El *Boletín* aquel, es de la Compañía de Jesús ó, como dicen ellos: «todo nuestro.»

Si los académicos quieren que rectifiquemos este juicio, dénnos pruebas andando.

Pues... á esto queríamos venir á parar: á hablar de un trabajo que en la Revista publica un fraile que se firma Fr. Miguel Angel, como podría firmarse Fray Candil. ¡Cuidado con el pseudónimo elegido por el padrecito... ¡Miguel Angel!

Pues, si la firma es singular, eso más el trabajo dedicado á historiar los misterios esos que tenemos acotados para echar chinitas á Ignacio y consocios.

No lo hace mal el frailecito. Pero ¿que no adivina el lector la ocurrencia que ha tenido el diablo del fraile ese? Pues... escribir su trabajo en francés... y en francés nos lo publica nuestra simpática *Revista*.

¡Vaya con la ocurrencia del fraile! Y me dige yo: ¿es que el fraile es francés? ¡Quiá!... Debe ser de Mataró ó del Clot.

¿Es que la *Revista* tiene tantísimos suscriptores franceses?... Tampoco es esto. Pues ¿qué ga o encerrado habrá ahí? Bien... bien... Publíquelo él en francés, que nosotros nos encargamos de traducir al castellano, y aun al gitano si es menester, lo que él cuente de bueno á los franceses. Porque, aunque es ley del reino que la Misa oficial sea en latín que nadie entienda por eso mismo que no hace falta entenderla, no hay ley alguna que ordene que la Historia se escriba en francés.

Quizás sea que Fr. Miguel Angel apunta á los jesuitas y dominicos... ¡Animo, padre

de mi alma! Animo, y duro, que ahí hay mucho bueno.

Y á trueque de que les asaete á ellos, le perdonaremos á usted ciertos juicios falsos y ciertas omisiones y errores provechosos á su orden, no mejor que las otras, aunque menos fátua y menos taimada. Porque allí se ve, en esos documentos, que el jesuita es ladino, como rata escamada; el dominico es barbián hipócritón; el franciscano, va á la buena de Dios y hace lo malo tan á las claras como lo bueno.

En una palabra: que vamos á tener zalgarda, y entre frailes, que habrá que verla: van á reñir los compadres y se van á soltar verdades como templos.

Nuestra tolerancia con el P. Miguel va á tener, sin embargo, un límite. Es el límite que debiera imponerle el obispo de Madrid, jefe del clero secular, y que consiente á los frailes de todas layas tomar de cabeza de turco á ese clero suyo, como diciendo: «ahí me las den todas.»

De los latigazos que Fr. Miguel descarga á este clero turco en nombre de su Orden, ahí va una muestra. Habla del bachiller Medrano, cura de Navarrete, y de la beata Francisca Hernández, y dice en francés: «Hacia ya nueve ó diez años que eran espiadas... las relaciones absolutamente miserables entre la beata y el cura de Navarrete...» Y carga contra los miserables sin piedad, con aplauso de la Orden y del Episcopado, defendiendo en cambio la pureza de relaciones de los frailes.

Pues bien: en el folio 239 del proceso de Medrano, declara la beata explicando que un c.érigo Cabrera iba á verla en la cama, «apretándole las manos muy bellacamente» diciéndola que daría el alma al diablo por tener un hijo con ella, y procurando tentarle las tetas. El fraile jerónimo, Pedro de Segura, hizo otro tanto y aun «arremetía á la beata diciendo que se moría». A todos ganaba la partida «Fray Pedro de Nieva FRANCISCANO (como Fray Miguel Angel). Estando un día la beata en la Iglesia de San Francisco de Valladolid, hablaba con la beata AL TIEMPO QUE DEZÍAN LA MISA; le tomó la mano el fraile á la beata, y se le llevó hacia sus yngles, diciéndole que le tentase un nido que allí tenía; y conoció que estaba hecho un Satanás...» (cortemos el hilo).

Lo mismo cuenta la beata del francisca no Tovar, y de otros compadres de Orden.

Estas noticias debe conocerlas fray Miguel Angel; así como debe conocer y saber que entre el Bachiller Medrano y la beata no hubo indicio de cosas de tal índole, aunque se afirme lo contrario; y por tanto, fray Miguel, al defender á los frailes á costa de Medrano, es tan injusto é inexacto en el ataque de éste, como en la defensa de aquéllos; lo cual, sobre estar feo en toda historia, debiera prohibírsele el obispo. Y aun aquí hay un pequeño abuso de la *Revista de Archivos*, que fía sus páginas á la sinceridad y probidad del fraile.

Corrija, pues, estas intenciones fray Miguel, y cargue cuanto quiera contra los jesuitas y dominicos.

De otra cosa nos enteramos en esta sala de revistas. Y es una guasa solemne que nos están dando los jesuitas y el obispo de Madrid, en comandita.

El hecho es el siguiente.

El antes citado jesuita Cecilio Gómez, es autor, editor y administrador de la pu-

blicación de *Monumentos Históricos de la Compañía*. En la segunda plana trae la censura eclesiástica, por el lado de la Compañía representada por el *imprimase* del Provincial; por parte de la Iglesia, con el visto bueno del obispo de Madrid, que como es sabido, tiene obligación (y para eso cobra) de censurar por sí mismo la obra, ó de conferir este trabajo á un censor de su confianza y de garantía del público.

La guasa está en que el obispo nombra y acepta como censor... ¿á quién dirán ustedes? Pues... no lo adivinarían así discutirían cien años. El censor presentado por el obispo es el propio Rodeles, autor, editor y administrador del libro.

¡Señores... señores...! Esto es el acabóse. Aquí todo el mundo se ha liado la manita á la cabeza, y cada cual á su brega.

¿Quién es más despreocupado, el obispo, el censor ó la Compañía?

¡Guasones... más que guasones! Y esos señoritos son los que perseguían de muerte la obra del P. Mir... ¡Sí serán... jesuitas y católicos!

Guascémosnos también nosotros. El Padre Mir se irritaba ante hechos tamaños; tomaba en serio las cosas de la Iglesia... ¿A qué tanta gravedad?

A reir todo el mundo... El sainete lo merece y los autores también. ¡Tan seriotos ellos y tan cómicos!...

Para terminar, una súplica al P. Rodeles. Vengan pronto las cartas del P. Fabro, que nos anuncia. Las estamos esperando con ansias de agonizante. Vengan enteritas y sin cercén.

Y agárrense Rodeles y Fr. Angel, y des cogúlense en público, como dos buenos hermanos en Cristo, educados á quemarse vivos unos á otros. Así sea.

P. O.

MELQUIADES I

Supongo que todavía vive, y muchos años viva.

Claro está que ese Melquiades no es el Alvarez que ha venido desde un rincón de Asturias á sacar de su desmayo, no á España, sino á la Monarquía, después de hacer larga parafía y fúda en el empalme ó entroncamiento de la República.

Este Melquiades de segunda mano solamente puede titularse *Melquiades II*, pese á sus méritos primordialmente mayestáticos, que somos los primeros en reconocer, aun cuando no seamos sumilleres de cortina, demócratas de casa y boca, ni azafatas reformistas.

Melquiades II no es más que un imitador más en grande y un sucesor más en gordo de aquel Melquiades I, á quien deseamos la prolongada vida que merece; si todavía la conserva tan lustrosa y tan sana como cuando tuvimos el gusto de saludarle allá por el año de 1896.

Melquiades I, el legítimo, el original, el auténtico maestro en *melquiadismo*, era un notable salchichero y un benemérito alcalde de barrio, aclamado como tal por todos sus convecinos. Ese barrio era, y es, el simpático barrio del Puente de Vallecas.

Visitando el sustancioso establecimiento y luego la hospitalaria mansión del

afable y orondo Melquiades I, hombre mucho más representativo en lo físico que Melquiades II, se charló un poquillo de política, pecado irremediable entre españoles, y también entre chinos y turcos montados á la moderna.

—Bueno, don Melquiades; ya que es usted tan popular en la barriada, dicho se está que será usted un liberal de tomo y lomo.

(Lo del lomo se dijo sin segunda intención.)

—Señores—dijo el rey del embuchado en el Puente de Vallecas—; yo, en el fondo, soy más liberal que Riego. Pero ¡caray! no se puede negar que «en este desgraciado país» el que más lo entiende y mejor lo hace es D. Antonio Cánovas, y cuanto más apriete...

—¡Ejemplar imparcialidad! ¡Generosa ecuanimidad! Ya se conoce que es usted un buen monárquico.

—Poco á poco. La barriada es eminentemente republicana, y yo me llevo muy bien, gracias á Dios, con toda esta gente de bien. La República «bien entendida» es la gran cosa; pero hoy por hoy, no hay quien le quite á la monarquía su arraigo, su prestigio, la mija de seguridad que da á los hombres formales y el porvenir glorioso que indudablemente tendrá el *crío*, por poco que maneje bien la aguja de marear.

—Todo eso está muy bien, D. Melquiades, pero nos quedamos sin saber si es usted liberal ó conservador, republicano ó monárquico...

—En el fondo, ya he dicho lo que soy.

—¿Y en la forma?

—En la forma, porque para eso está uno, y lo primero es lo primero en el honrado menester de cada cual, á lo que voy principalmente es á colocar lo mejor que pueda mis embutidos.

—Los hemos probado, y son excelentes.

—Verdad que sí, y no es porque lo diga yo. En casa se surten don Gumersindo Azcárate y la infanta Isabel.

—Personajes de muy buen gusto...

—¡Digo yo!

Y al recordar esta conversación con diecisiete años de fecha, no podemos dejar de sonreírnos piadosamente (porque nuestra piedad es ilimitada) ante los embutidos que coloca Melquiades II, el salchichero columpista, á la vez que lanzamos este grito con toda la fuerza de nuestros pulmones y nuestros regüeldos:

—¡Fuera el imitador! ¡Que se calle el parodista! ¡Viva Melquiades I, el del Puente de Vallecas!

CUATRO AFICIONADOS
AL CHORIZO DE VERDAD

Menos mal

En la calle del Padre Huérfanos, número 1 (Valencia), hay un colegio particular, regentado por un cura.

El niño de siete años, Juan Ramos, se

peleó antes de entrar en la escuela con otro de su edad.

Se enteró el cura, montó en cólera y llamando al niño la emprendió á cachetes y golpes con él.

La pobre criatura comenzó á llorar y pedir auxilio, y esto, en vez de moderar los nervios del tonsurado, los excitó.

Y menudeó los golpes, hasta que el niño, quejándose y llorando, ganó la escalera perseguido por el cura, que, desde lo alto, desde un rellano, gritaba: «Te he de matar á pellizcos.»

Los vecinos de la casa y aun los de la calle, oyeron los gritos y lloros del niño, que llevaba en su cara, en el ojo izquierdo y en la espalda y pecho, inequívocas muestras de las caricias paternales.

El niño llegó á su casa, y calcúlese la indignación de la pobre madre al verle el ojo izquierdo congestionado en medio de un círculo violáceo, y con innumerables manchas moradas en la espalda.

Salió en busca del maestro, y la suerte de éste fué que no lo encontró: una madre en su estado no piensa más que en su hijo.

También hubieran tomado una violenta determinación los vecinos y transeuntes de no acudir dos guardias municipales; tal indignación produjo el hecho.

El niño fué curado en la Casa de Socorro del Museo y se formuló la oportuna denuncia. El médico de guardia, doctor Mustieles, le apreció lo siguiente: contusiones de segundo grado en la región dorsal y escapular izquierda, gran equimosis vertebral, escoriaciones en la mejilla izquierda y epistaxis muy acentuada.

Del hecho se dió traslado al Juzgado para la instrucción de las oportunas diligencias.

Afortunadamente para el cura, el padre del muchacho lastimado y herido no se encuentra en España; si no, ¡pobre ama del cura, si la tiene, y lo que hubiese llorado!

El Pueblo

Felicito á la madre de la criatura, por que...

Aún pudo salir peor ese desgraciado niño, si le trata con cariño el clérigo profesor.

CÓMO LOS JESUITAS IMPEDIAN LOS ATENTADOS

Amigo Nakens: Los jesuitas han llevado en estos días unos golpes terribles, que en otro país que no fuera el nuestro, hubieran bastado para hacer polvo el falso prestigio que todavía goza entre nosotros la Compañía de Jesús. La grandiosa obra del padre Mir, las luminosas investigaciones sobre San Ignacio que ha realizado Pey Ordeix, y mi libro *El atentado personal y los jesuitas*, han sido tres catapultas demoledoras contra el jesuitismo imperante, que nadie hasta ahora ha sido osado desmentir.

Pero la Prensa, esa gran prensa que alardea de liberal, y parte de la que se vana

gloria de ser avanzada, republicana y hasta anticlerical, han hecho en torno de estos tres libros, que pudieran llamarse la Biología antijesuitica, el más profundo silencio: ella sabrá porqué y la cuenta que esto le trae.

Ni siquiera para condenarlos los han mentado, haciendo el juego admirablemente á esa Compañía, á la que se teme mucho porque se la conoce poco.

Usted, mi venerado amigo, que ha sido la excepción en tantas cosas, debe serlo también en esta; y ya que la prensa liberal y anticlerical nos niega su ambiente y su concurso, yo le pido un rinconcillo para ir dando á conocer algo de lo mucho grave, interesante é inédito que contiene mi libro, para que lo sepan nuestros lectores, ya que no quieren ó no pueden adquirir estas publicaciones que tantos desvelos, tiempo y dinero han costado. Y al mismo tiempo permita usted que le dé las gracias más sinceras, por ser usted el único en Madrid que se atreve á vender *El atentado personal y los jesuitas*. Y con su venia comienzo:

«El asesinato de Enrique IV que realizó Ravallac por no haber querido dar el rey crédito á los avisos que le dió el capitán La Garde, que en Nápoles fué enterado de toda la trama por el P. Alagon, jesuita que pretendió conferirle la odiosa misión que llevó á cabo Ravallac, fué también avisado y denunciado por la señorita de Escoman, que demostró que los jesuitas y el duque de Epernon estaban de acuerdo para este plan siniestro, pues ella misma dió refugio en su casa á Ravallac por recomendación de la marquesa de Verneuil. En el *Mercurio Francés*, tomo II, pág. 14, en las obras de l'Etoile, y en el proceso que se formó á dicha señorita, se ve bien clara la complicidad de los jesuitas y del duque de Epernon en el asesinato del rey.

En 1616 la Srta. Escoman, publicó desde su prisión una declaración relatando muy al por menudo todos los detalles de este complot, de la cual entresaco lo más principal por ser bastante extensa. Dice que habiendo ido la marquesa de Verneuil días antes de la Natividad de 1609 á escuchar el sermón que predicaba el P. Gontier, jesuita, en San Juan de Greve, subió á una tribuna en la que estaba Mr. de Epernon, y que la dijeron que se colocara detrás de sus sillas, por temor de que no fueran oídos por alguien, y allí concertaron los dos la muerte del rey «y además tuvieron una conversación tan abominable que no la referiré, por temor de hacer enrojecer el papel y cansar horror á los lectores», —dice Mlle. Escoman, la cual intentó sin demora comunicar á la reina todo lo que sabía. En vano se dirigió á varios señores de la Corte, afirmando que tenía que revelar cosas gravísimas, y que si se hacía caso de sus avisos, ella interceptaría cartas dirigidas á España, en las que se verían cosas muy relacionadas con la vida del rey y la seguridad del reino; tres días estuvo en el Louvre sin poder obtener audiencia ni del rey ni de la reina. Desesperada, entregada al más vivo dolor al ver que había pasado el plazo para sorprender las cartas que hubieran demostrado la verdad de su aserto, se determinó á instruir al rey de aquella trama fuera como fuese. Sabiendo que el P. Cotton, jesuita, gozaba de gran crédito en la Corte, se dirigió á la casa de los jesuitas; allí le dijo el P. Procurador que el P. Cotton no estaba, que volvería muy tarde, y que á la madrugada siguiente, muy de madrugada, saldría para Fontainebleau. Volvió á la mañana siguiente la Srta. Escoman, pero el P. Cotton ya se había marchado. Al ver su disgusto y congoja el P. Procurador la invitó á que le comunicase á él el recado, «que él se lo trasladaría fielmente al Padre Cotton»; aburrida la Escoman comunicó al P. Procurador todo cuanto sabía, conjurándole á que fuese á Fontainebleau y se lo dijera al P. Cotton, para que el rey se librara del peligro que le amenazaba. El jesuita res-

pondió que se fuera tranquila, que él haría que Dios le aconsejara. No satisfizo mucho esta respuesta á la Escoman, la cual dijo, que no era cosa de dejar así con tanta calma el que se asesinará al rey, y que si tal cosa sucedía, ella le acusaría por su negligencia, á lo que le respondió el padre Procurador que no se mezclara en asuntos que no eran de su incumbencia, ni le importaban. «Entonces iré yo á Fontainebleau», —«no lo hagáis: que yo iré; y si tal hacéis creerán que sois de la partida». Y en efecto; antes de que pudiera realizar su viaje fué hecha prisionera, y durante su prisión asesinado el rey. Sus declaraciones y el proceso que se la formó demostraron que los jesuitas, el duque de Epernon y el marqués de Montbazon tenían grandes razones para impedir que la Escoman denunciara sus proyectos. Esto mismo se confirma en un manuscrito que se halló á la muerte del duque de Anmále, Carlos de Lorena, acaecida en 1619, en su cámara, de su mano y sellado con sus armas, y que extracta Etoile en su *Journal*.

El Presidente que dirigía este proceso estaba bien persuadido de estas complicidades, y un día que alguien le dijo que la señorita Escoman, acusando á gente tan respetable, hablaba á tontas y á locas, respondió con viveza: «Todavía hay más de lo que dice». El duque de Epernon, que perseguía con calor la muerte de su acusadora, fué un día á ver á este magistrado, á preguntarle cómo iba el proceso, y le contestó con tono agrio: «Yo no soy vuestro recadero, sino vuestro juez». Dijo el duque que él no se dirigía al magistrado, sino al amigo, y el otro repuso: «Yo no tengo amigos: contentaos con que os haga justicia.» Se disgustó mucho el duque con estas respuestas y se quejó á la reina, la cual envió al juez un gentilhomme de su cámara rogándole que tratara mejor al duque de Epernon, por ser un señor de tan alta categoría y méritos, y aquel magistrado repuso:

«Hace cincuenta años que soy juez, y treinta que tengo el honor de ser el presidente del tribunal soberano de los Pares, y no he visto nunca duque, señor, ni par, ni hombre alguno, por alta que sea su categoría, que acusado del crimen de lesa majestad, como lo está Mr. Epernon, se presente ante sus jueces muy calzado de botas, espuelas y con una espada al cinto: no dejéis de decir esto á la Reina.»

(*Memoires pour l'Histoire de France*, tomo II, pág. 358; *Le véritable manifeste de la Demoiselle d'Escoman*, Paris, 1616; *Journal d'Henry IV*, por Etoile, tomo IV, pág. 227 y siguientes. Edición de 1741, de París).

FRAY GERUNDIO

Bibliografía

Mecanismo del Universo. (Dios, el mundo y el alma bajo un nuevo aspecto), por Víctor H. Tamayo.—Libro filosófico llamado á interesar profundamente á los pensadores y á originar tal vez controversias en el mundo intelectual. Las ideas que en él se sustentan pugnan de modo ostensible con las actuales y están al mismo tiempo claramente expuestas, brillantemente razonadas y sólidamente cimentadas en la comprobación científica de multitud de hechos y en la rectificación de las concepciones más fundamentales de la Filosofía.

A esta novedad, ya de suyo interesantísima, hay que agregar que esta obra se hace agradable por el optimismo que respira y por estar escrita en un lenguaje tan claro, que aun los menos preparados para el examen de los grandes problemas de la Filosofía se darán pronto cuenta exacta de ellos y de su proceso, á través de las épocas en que han sido planteados.

Precio de la obra, UNA peseta en las principales librerías de París, España y América. Casa editorial Maucci, Barcelona.

EL MOTIN



ATENTADO PERSONAL.—Lerroux gubernamental, destrozando á Lerroux revolucionario.
Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja,"

	Pesetas.
Suma anterior.....	3829'63
A. y N. R de San Cugat del Vallés.....	10'00
José Martínez Albertos (Coruña).....	1'00
Martin Ruan (Gorgona-Panamá).....	11'00
Casimiro Acero (Gijón).....	5'00
Luis Nolla (Ferrol).....	1'00
Joaquín Escofet (Barcelona).....	0'25
Braulio Rodríguez (Madrid).....	0'75
Pedro Rallo (Aldeanueva del Ebro).....	5'00
Juventud Republicana Federal (Matahoyo-Gijón).....	10'00
Aurelio Chavarría (Aranda de Moncayo).....	1'00
E. E. (Bilbao).....	0'75
Antonio García Morales (Málaga).....	10'00
Suma y sigue.....	3885'38

ARTÍCULOS FIAMBRES

La restauración

Nos ha arruinado, entregado á los clericales, hecho soportar humillaciones en el extranjero, y nos hace ahora devorar vergüenzas á diario con motivo de la guerra de Cuba.

Ha pisoteado las leyes, premiado la traición, protegido á los inmorales, rebajado el nivel moral hasta un grado inconcebible.

Ha divorciado á los jueces de la justicia; ha hecho que el favor eclipse al mérito; que el dinero sea todopoderoso.

Así, hoy medra el que se pasa la mano por la cara, como sucumbe el que se anda con escrúpulos de honradez.

Se han perdido la energía y la virilidad; los hombres de Estado parecen mujerzuelas: ni un arranque de dignidad, ni un rasgo de valor.

El Evangelio triunfa: «cuando te abofeteen una mejilla por la otra.» A esto se reduce hoy la ciencia de gobernar, en los ratos que deja libres la tarea de esquilmar la nación.

Los ricos que trabajan caen en la mediana; los de regular fortuna en la pobreza; los pobres en la miseria; los que están ya en la miseria en la fosa común.

La emigración despuebla á España casi al igual que el hambre: cada año nos dejan millares de compatriotas.

La idea del honor se ha perdido entre los gobernantes ó consiste en conservar el poder y que la restauración continúe.

La terrible cuestión de Cuba apenas si interesa á nadie más que á las madres que tienen hijos allá y á los que explotan la isla.

Esto es la restauración, y á esto nos ha traído. Y, sin embargo, los alejados de ella por convicción, deber ó decoro, no hacemos cuanto debemos para que estos males acaben.

Nos lamentamos constantemente, eso sí, y maldecimos, y hasta amenazamos; pero nada más.

Todos estamos dispuestos, de palabra, á hacer los mayores sacrificios; mas no se nos pida que borremos ni una letra de nuestro programa; en aquella letra estriba el secreto de la salvación y el porvenir de la patria.

Es decir, que estamos los republicanos en punto á intransigencia estéril, á la altura que los monárquicos en cuanto á inmoralidad provechosa.

Y así, ellos por inmorales y por cobardes nosotros, contribuimos casi por igual á la ruina de la patria.

¡Pobre España!

1896.

La intransigencia

Campaña suicida llama el periódico *La Justicia* á la que hago.

La prueba de que no lo cree está en que procura apartarme de ella, cuando le vendría muy bien desembarazarse de mí á tan poca costa.

Por cierto que escribe siempre la palabra intransigencia en un sentido irónico, cual si mereciera recriminación; sobre esto voy á decirle cuatro verdades.

Desde luego acepto el calificativo para preguntarle:

¿Qué entiendes por intransigencia?

¿Es intransigencia seguir siempre el mismo camino y no apartarse nunca de la línea de conducta que la reflexión y el convencimiento señalan? Pues soy intransigente.

¿Lo es el de exigir que se pongan en armonía las obras con las palabras sin dejarse llevar por el viento de las circunstancias? Pues soy intransigente.

¿Lo es el censurar que se funden periódicos para ahondar las divisiones en la familia republicana y combatir al hombre á cuyo lado se estuvo, cuando este hombre no ha variado? Pues soy intransigente.

¿Lo es el desear que los diputados republicanos ataquen con energía y á diario á los gobiernos de la Monarquía, para demostrar al país lo que puede esperar de ellos? Pues soy intransigente.

¿Lo es el condenar los conatos de formación de centros innecesarios, y los viajes aparatosos que de antemano llevan aparejados el fracaso y el ridículo? Pues soy intransigente.

¿Lo es el desear que los amigos sean leales en la desgracia como en la prosperidad, y no se censure en privado al que se sirve y halaga en público? Pues soy intransigente.

¿Lo es el proclamar á toda hora que no debe guardarse ningún respeto á quien no se los guarda á los demás ni á sí propio? Pues soy intransigente.

¿Es intransigencia, en fin, creer que

no ya sólo por dignidad propia debe combatirse briosamente á la Monarquía, sino por llevar ese consuelo á los consecuentes republicanos que en silencio sufren las imposiciones del caciquismo y la persecución de las autoridades, viviendo como desheredados y viéndose perjudicados en sus intereses y en su honra en ocasiones? Pues soy intransigente.

Sí, lo soy, y lo proclamo muy alto. Y bendigo esta desinteresada intransigencia mía, que me permite decir á muchos cara á cara sin temor á que me devuelvan la frase:

Faltáis á vuestro deber.

1888

Confesión penosa

Lo de *censor platónico* que algunos me aplicaron en el Congreso, no he de discutirlo, por estar conforme con esa apreciación; apreciación en que se confirmarán ellos, al enterarse de que fue el miedo quien me ordenó rechazar el acta de diputado que los republicanos de Valencia me ofrecieron.

El miedo fué; así como suena. No ha de impedirme el rubor declararlo, ya que el deber no me impidió sentirlo.

Yo tuve miedo, sí, de no quedar airoso en aquel lugar: se citaban ya los nombres de los que iban á ir, y me dije: «¿Qué papel puedo hacer yo entre esos colosos de la elocuencia, esas lumbreras de la política, esos gigantes de la revolución?» Y me achiqué de tal suerte, que envié mi renuncia á toda prisa.

No es héroe todo el que quiere, ó hay quien lo es para unas hazañas y para otras no. Y yo, que me conozco, sé que me faltan condiciones para las arriesgadas y valerosas empresas de ir alguna vez que otra al Congreso, sentarme, hacer unas preguntas que interesen al distrito, recorrer ministerios, escribir cartas, y de vez en cuando increpar furibundamente á los monárquicos amparado tras la inmunidad parlamentaria; no, mi valor no llega á tanto.

Y me sentía más cobarde aún, ante la idea de que mis electores me preguntaran luego: «¿Qué has hecho? ¿Para eso te elegimos? ¿Qué te deben el país, la revolución, ó la República?», y no pudiera contestarles con el orgullo del que ha cumplido con su deber. Por todas estas razones no fui.

Cuanto á lo de que es fácil censurar, no lo niego; sin embargo, hay algo que es más fácil: murmurar en la sombra, sin tener el valor de decir lo que se piensa cara á cara, ó públicamente; y lo prueba, el que hay muchos que hacen esto, y muy pocos que ejecutan aquello.

¿Que no debe hacerse? Amando á la verdad, sí; pensando en la conveniencia, no. Indudablemente lo más cuerdo, lo más sensato, es sumarse con los que acatan todo lo establecido, dejarse ir con la corriente, pegarse al hombre que domina, confundirse con los que á todo dicen amén.

Y á propósito, y para dar leve prueba de que he leído algo á los clásicos:

«Un aguacero cayó
en un lugar, que privó
á cuantos mojó, de seso.
Y un sabio, que por ventura
se escapó del aguacero,
viendo que al lugar entero
era común la locura,
mojóse y enloqueció,
diciendo: «En esto ¿qué pierdo?
Aquí donde nadie es cuerdo,
¿para qué he de serlo yo?»

Este cuento, que intercala Ruiz de Alarcón en su comedia *El examen de maridos*, me ha hecho pensar muchas veces en que me habría sido más fácil y hasta convenido más, exhibirme, mitinear, banquetear y hacer cuanto hacen mis correligionarios de pretensiones, que no continuar metido en mi huronera después de haberse pactado la Unión. Y hasta no me hubiera estorbado un poquito de seriedad estudiada, de ademanes medidos, de actitudes ensayadas, de palabras equívocas, de silencios entrecomados, de todo eso, en fin, que tanto explotan los hombres que casualmente se encaraman, y tanto agrada á quienes los escuchan, por suponer que á esas cualidades van anejos el talento, el aplomo, la decisión y la energía.

Pero nada, no he podido decidirme. Los malos hábitos no se pierden así como así, y, para lo que me queda ya, no merece la pena de andar variando. Aparte de que, á decir verdad, me halaga mucho el calificativo de *ensor platónico*; porque si *platónico* significa como adjetivo, y refiriéndose al amor, *castidad, pureza, sublimidad, especie de bello ideal*, y como adverbio, *honestidad, decencia, respeto, sin malicia ni mal fin*, apenas si resultan alabanzas para este humilde censor, que realmente nada ha hecho en su vida para lo que debió hacer, pero que se hubiera contentado con poder exclamar con Horacio:

«Yo haré lo que la piedra de afilar,
que sirve para hacer que el hierro corte,
aunque ella no corta.»

Mientras que ahora, si hubiera de juzgar al partido republicano por la mayoría de los que se agitan tras un puesto ó un cargo, tendría forzosamente que exclamar con Heine:

«Sembre dragones y he cosechado pulgas.»

Afortunadamente para la patria, no están los que más valen entre esos que tanto se agitan.

1905.

Explicación

Algunos apreciables correligionarios se quejan de que no publico las adhesiones y felicitaciones que me envían por mi campaña contra los jejes de *derecho divino*, sin advertir que las pequeñas dimensiones del periódico me lo impiden.

Aparte de esto, ya habrán visto que no soy dado á tales exhibiciones, por más que agradezca como ninguno la más insignificante muestra de adhesión.

Cuando mi campaña contra los conservadores, pasaban de veinte las cartas de felicitación que recibía á diario; y, no obstante, no publiqué ninguna.

Déjese esto para quienes acostumbran á erigirse estatuas sobre pedestales de firmas; que yo estoy bien avenido con mi sistema de no utilizar el entusiasmo ajeno para encumbrarme.

Grato me es, indudablemente, saber que hay quien piensa como yo; quién es pera lo que escribo para ver reproducido en letras de molde lo mismo que él antes ha pensado.

Pero esto lo sé de antemano. Tantos años de lucha constante é igual, me dan derecho á decir que todos los lectores de EL MOTIN piensan como yo, ó, mejor dicho, que yo pienso como ellos.

Y esto es lo que me anima, me conforta y me impulsa: la seguridad de que, no variando de rumbo, cuento para todo con una suma de voluntades probadas, energías y firmes.

Hay ya tal identificación entre EL MOTIN y sus lectores, que éstos saben previamente cómo va á tratar ésta ó aquella cuestión, y aquél no ignora el efecto que ha de producir.

Por todas estas causas, ruégoles que me dispensen si no publico sus adhesiones y felicitaciones, que me enorgullecen por ser de ellos; y crean que no veo en ninguna parte el nombre de un lector de EL MOTIN, sin exclamar:

—Pensamos lo mismo.

1889.

Explicación ne esaria

Muchos de los que nunca hicieron nada, dicen que yo ataco á los republicanos más que á los monárquicos.

Es verdad. Y voy á decir porqué:

Todo lo torpe ó lo malo que hacen los monárquicos perjudica á la monarquía.

Todo lo malo que hacen los republicanos, perjudica á la República.

Y como para mí la República es lo primero...

¿Que la ropa sucia se lava en casa? No es eso lo que preceptúa la higiene, sino lo contrario. Pero, en fin, lo acepto, para decir:

Los trapitos que yo saco á la colada, los han sacado generalmente todos, monárquicos inclusive, antes que yo.

Lo que pasa, es que creemos ciegos y tontos á los monárquicos, y que, por serlo, no se enteran de nada de lo que ocurre entre nosotros hasta que yo lo digo; yo, que á pesar de cuanto he dicho, voy á morir *inédito*.

Cuando algunas veces oigo que me alaban ó me censuran por mi franqueza ó mi sinceridad, me digo para mis adentros: «Si supieran lo que callo, no me calificarían de ese modo, sino de prudente, de reservado, casi de impenetrable.» Pero volvamos al tema.

Desde que allá por los años 83, 84 y 85 mantuve la campaña más dura y más enérgica que se ha hecho contra un gobierno en España, el de los conservadores, me convencí de que la monarquía no se derriba con artículos de periódico, sino con los que se fabrican en Trubia, Eibar y redacciones parecidas; estudié bien la organización de las fracciones republicanas y á los hombres importantes de cada una, me convencí de que ellos eran los obstáculos primeros que había que derribar para traer la República, y puse manos á la obra. De que lo hice bien, harta fe dan los fetichistas de cada jefe, que no me lo perdonan y á lo mejor por ello me zahieren.

Ayudado por D.^a Parca Fiera, sin cuya complicidad nada hubiera logrado yo, pues los odios entre los jefes eran tan vivos que aun después de muertos ellos perduran entre sus partidarios, logré á fuerza de años de trabajo imponer la Unión en 1903, acto que infundió en la monarquía más pánico que infundirle pudieran 500.000 artículos de fondo por las más briosas y revolucionarias plumas escritos, é igual número de discursos por los más fogosos y eminentes oradores pronunciados. Lo cual prueba, que si las revoluciones pueden prepararse con la pluma y con la lengua, no pueden realizarse sino con los fusiles y los cañones.

Y convencido de esto, me dedico preferente á la selección en nuestro campo, seguro de que así hago más por la venida de la República que no repitiendo, cual loro amaestrado, que la monarquía es mala, que sus gobiernos son peores, y que han perdido las colonias, y que nos llevan á la bancarrota, etc., etc.

Por otra parte ¿qué podría hacer una pluma más, la mía, habiendo tantas acerradas y valientes esgrimiéndose á diario contra la monarquía? Si á plumazos ha de caer, basta con los escritores que á tarea tan dura se dedican; y si no puede caer por ese medio, inútil sería que yo les ayudase.

En un ejército, cada organismo contribuye á la acción común; generalmente, á no ser en circunstancias excepcionales, los ingenieros no se baten; pero construyen puentes para que pasen los ríos aquellos de sus compañeros que ganan la victoria, ó los inutilizan para que no avance el enemigo. ¿Y sería justo negar sus servicios porque no anduviesen á tiros siempre como la infantería?

«Haciendo ver á toda hora lo que son los monárquicos y los males que el régimen trae á España, los indiferentes y los apartados de la lucha se unirían á nosotros.»

Aparte de que no hay español que no esté en el secreto, la experiencia demuestra lo contrario. Mientras más gritamos, menos se nos acercan.

En cambio, recuérdese lo que ocurrió al pactarse la Unión; inmenso fué el número de apartados de la lucha y de indiferentes que con nosotros se vinieron. Aquel acto, que consideraron precursor del definitivo, los convenció más que to-

dos los artículos tremebundos escritos contra la monarquía.

No es que yo niegue, ni mucho menos, la influencia de la oposición plumífera constante; me negaría á mí mismo; es que confío tanto en el esfuerzo de mis estimados colegas, que creo no restar agua al mar distrayéndole una gota. Lo único que siento es no poder hacer del todo honor á este refrán castellano, tan antiguo como poco conocido:

«Cuando se afila el acero, se guarda el tintero.»

Creo haberme explicado con alguna claridad, aun cuando no con toda la que pudiera.

1905.

Pues señor...

Deben considerar algunos correligionarios que hacen un favor muy grande, ó realizan un acto muy heroico al suscribirse por cincuenta céntimos mensuales á un periódico del partido, cuando se incomodan tan fácilmente si no se da cuenta del día que se casan, de los felices y explicables alumbramientos de su esposa, de la muerte de sus chiquitines, ó de la de sus padres, madres, hermanos y parientes hasta el grado décimo, ó de si él ha salido á baños, ó se ha dignado venir á Madrid á asuntos propios.

Me parece todo tan ridículo, que aún no se ha dado el caso de que yo haya pedido á ningún compañero en la Prensa que entere al público de lo que me ocurre en el terreno privado; y pareciéndome ridículo para mí, claro es que no debo contribuir á poner en ridículo á ninguno de mis lectores.

Como molestia, no produce mucha el dar esa clase de noticias; con colgar un adjetivo á cada sustantivo, que fluctúa entre *honrado*, *digno*, *activo* y *consecuente* (este es el más recorrido), cuestión resuelta; sólo falta agregar las mu'etillas de lo *sentimos... nos alegramos...*, según sea triste ó alegre el caso. Pero es que no me da la gana de hacerlo, entre otras razones, por no molestar á los lectores que tienen el buen sentido de considerar como corriente el de que un hombre se case, una señora para ó un niño se muera.

Apenas para día sin que yo reciba alguna carta de esas, que no utilizo, aun sabiendo que tarde ó temprano surgirá de sus renglones la baja en la suscripción del que se cree desairado.

En pocos días he recibido tres bajas, la última de Albacete, y he visto aterroizado la delectación conque los implacables suscriptores satisfacían su ferz venganza privando á EL MOTIN de los consabidos *cincuenta céntimos* al mes, para que expie el horrendo crimen de no haber difundido en letras de molde el dolor profundísimo que me causaba la irremediable desgracia sufrida por mi querido amigo (a quien nunca vi), desgracia que consistió en habérsele muerto (á pesar de ser suscriptor) en virtuosa y distinguida señora, modelo de esposas, de madres y de no sé cuántas cosas más.

Esto es sencillamente risible, aunque revela cuánto se han propagado y extendido ciertas vanidades en hombres que deberían despreciar las que no se basaran en actos de virilidad y abnegación. Pero hablo de ello con el oculto designio de que, si aún quedaren entre los suscriptores de EL MOTIN algunos que se crean con derecho á que yo dé cuenta de sus alegrías ó sus tristezas de familia, me envíen la baja inmediatamente; pues ni he dado, ni doy, ni daré cuenta de ellas, porque no puedo, ni debo, ni quiero convertir EL MOTIN en registro de partidas de bautismo, de defunción y de casamientos.

1899.

Ciertos intermediarios

Hay entre el pueblo, el verdadero pueblo que trabaja cuando y como puede, y los que dedicamos á la nótica las horas que nos deja libres la ocupación á que demandamos el pan nuestro de cada día, una raza de inútiles que se llaman honrados porque no roban, é hijos del trabajo porque acaso algún día entablaron fugaces relaciones con él; gentes que hablan á los hombres de talla en nombre del pueblo, que se creen la piedra angular de la democracia, y que ejercen de interm diarios entre los de abajo y los de arriba, porque les sobra de osadía los que les falta de aprensión.

Y me río yo del orgullo de los antiguos nobles comparado con el suyo. Cuando dicen: «soy hijo del trabajo», «pertenezco al pueblo», ya creen que todos tienen el deber de recibirlos á toda hora, de soportar sus arengas rampónas, de discutir sus descabellados planes, de ayudarles en sus proyectos de exhibición vanidosa. La democracia es para ellos una llave que debe abrirles todas las puertas; nadie puede tener ocupaciones, ni descansar, ni comer cuando ellos, en nombre del pueblo, se dignan honrar á cualquier republicano con su presencia.

Yo no niego que sean hijos del trabajo, pero sí afirmo que deben andar mal de relaciones con papá, ó que éste es para ellos tan compaciente y calzonazos, que les permite andar años y años por esas calles sin ocurrírseles visitarle de vez en cuando; pues los que realmente trabajamos, no tenemos tiempo de andar de comité en junta, de caté en casino arreglando la cosa pública, hablando de servicios ignorados, alardeando de firmeza de convicciones, é inventando cuentos para que algún incauto crea que hemos perdido en la política salud y fortuna; y no se atrever á decir que también la vida, por temor á que alguien osara desmentirlos.

¡Ay, no se porta conmigo el trabajo de ese modo! Para mí no es un padre ni mucho menos; es un tí; un tirano feroz, implacable; no me deja respirar un segundo; me impulsa, me pincha, me muerde; y cuando, cansado y sin fuerzas caigo rendido, tiene la crueldad de proporcionarme un sueño reparador, para que al

día siguiente le obedezca con más ahinco. Por esto, cada vez que oigo hablar de la jornada de ocho horas, exclamo con el poeta, entre alegre y entristecido:

..... ¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!

En efecto, ¡qué más quisiera yo sino que se dictasen castigos severos, el de pena de muerte inclusive, contra todo aquel que trabajase más de ocho horas! Es probable que me diesen garrote algún día por contravenir, contra mi deseo, esa ley, impulsado por la necesidad ó la costumbre; pero hasta tanto ¡qué ganga!

Mas volviendo á esos señores intermedarios, diré que se creen siempre despreciados porque son pobres; desatendidos porque no adulan; en mala posición porque no quieren transigir; y que hablan de ingratitudes de los prohombres y de olvidos criminales, cuando sin ellos el partido no existiría. Porque en esto no admiten ni discusión. Ellos son los que sacan todos los diputados, y más aún, cuando los republicanos acuerdan luchar en los comicios; ellos los que se batieron en todos los puntos, aun en aquellos en que nadie se batió; en fin, ellos lo han hecho todo; pero todos se han portado mal con ellos, y el día que el pueblo triunfe (á sus órdenes, por supuesto), ya tomarán venganza de las injusticias con ellos cometidas. Porque esta es otra de las ventajas que les proporciona el adjudicarse orgullosamente el dictado de hijos del pueblo, el poder en toda ocasión ejercer de víctimas, ya de la monarquía, ya de sus correligionarios.

Pero el cuartel más glorioso del escudo de sus hazañas, es aquel que atestigua su consecuencia, consecuencia estéril á la que podrían faltar sin que ni el sereno de su calle se enterara, y que no puede ponerse en parangón con la de los que, valiendo para algo, ó para mucho, permanecen fieles á la idea después de haber perdido la esperanza en los hombres, y teniendo la seguridad de que en el campo contrario los recibirían con los brazos abiertos.

Varias veces, al oír á tales patriotas, he exclamado despreciativamente: «Si tuviera disponibles tantas plazas de vigilantes de consumos ó de la ronda secreta como individuos de esa calaña conozco, bien pronto les haría poner su cacareada consecuencia á los pies de la monarquía.»

1894.

Pequeño desahogo

A juzgar por lo que ahora dicen de mí algunos que me adularon cuando lo de la Unión de 1903, yo lo he demolido todo: partidos, ¡faturas, prestigios, siendo el único culpable de que no esté ya la República establecida en España.

Aquí tendría yo pretexto, si fuera vanidoso, para exclamar con el Romanero:

Con quince luché en Zamora y á los quince los vencí; y para crearme, de paso, el hombre de más poder y valla en esta nación de dé-

biles, el tuerto de esta tierra de ciegos. Afortunadamente no he perdido el poquillo de sentido común que me tocó en suerte, y no me enanezco con esas bizarrías que me cuelgan.

Ellos, los que tal dicen, si que andan poco avisados al imputarme tales cosas; pues si realmente yo las hubiera hecho, se estaría cometiendo conmigo una gran injusticia.

Si solo, con un periódico semanal poco leído, he destrozado partidos invencibles y poderosos, según los partidarios de cada uno proclamaban, y he acabado con jefes de nombradía y valimiento, y luego, cuando se me ha antojado, he hecho la Unión (aunque esto ya se me niega), imponiendo al hombre que había de ponerse a su frente y hasta marcando la forma en que había de verificarse la Asamblea, ¿dónde está el Hércules de la política que se me iguale? ¿Quién tan poderoso y omnipotente como yo?

Desgraciadamente para mí, es falsa esa leyenda. La única fuerza que he tenido se ha basado en lo siguiente: en no haber subordinado nunca mis ideas á mis conveniencias dentro de la lucha sostenida por la República; en no haber dudado de mí cuando se me ha combatido, ni desvanecidome cuando se me ha elogiado. Cualquiera que hubiese hecho lo mismo, habría alcanzado lo que yo; más acaso.

Lo malo aquí es que algunos hombres cuanto se elevan un poquito y llegan á alcanzar influencia en el partido, piensan más en sí propios que en la República, y enderezan todos sus esfuerzos á resolver lo suyo. Y yo no he hecho eso; ni buscado en la exhibición constante la popularidad. Y cuidado que, si hubiera deseado corretear por esos mundos, pocos se habrán visto tan solicitados. Más que el Judío Errante hubiera andado, si voy á todos los puntos donde han querido que fuera.

Hecha la Unión, sobre nadie he pesado; ni al Sr. Salmerón he visto sino cuando él ha deseado verme, excepto en dos ó tres ocasiones en que creía prestarle algún servicio á la Unión. No quería ni que pudiera suponer que trataba de inmiscuirme en asuntos que eran de su propia iniciativa y responsabilidad.

En el mismo cuartucho donde tanto trabajé por la Unión continuo; por él desfilaron hace dos años y pico cerca de tres mil personas, diciéndome: «en usted confiamos»; á la puerta de este cuchitril ha habido parados alguna tarde ocho ó diez coches vomitando diputados que venían á visitarme y honrarse; en este mismo laboratorio de republicanismo aguardo á los que, pasadas las primeras impresiones apasionadas, vengan á felicitarme dentro de unos cuantos meses por mi *Carta abierta*.

Lo demás no me inquieta. Estoy tan acostumbrado á comenzar solo mis campañas y terminirlas acompañado de los mismos que me combatieron, que no me preocupan ni los juicios apasionados ni las insinuaciones malévolas.

1905

Lo que nos pierde

La indiferencia en los unos y la cobardía en los otros; he aquí lo que nos pierde. Más que defensores de un régimen nuevo, parecemos fracción del que nos gobierna, alejada accidentalmente del poder. No peleamos con el ardor del convencimiento; sostenemos escaramuzas con voluntad escasa.

¿Qué pena causa vernos al cabo de tanto tiempo más descorazonados que al día siguiente de la derrota; cansados sin haber combatido; faltos de alientos para avanzar; fiando al tiempo y al acaso lo que deberíamos pedir á nuestra decisión, á nuestros bríos; y, lo que es peor aún, sin habernos curado de jactancias ridículas, de idolatrías deprimentes, de errores funestos!

«¡La monarquía se va!» gritamos alborozados, cuando debería darnos vergüenza de que tal ocurriese. ¡Se va! Es decir, que no hemos tenido valor ni fuerzas para echarla; que nos resignamos con que desaparezca por sí sola cuando ya no pueda vivir. ¡Qué terribles somos!

Los monárquicos no esperaron á que la República se fuera; la perturbaron constantemente, le crearon cuantas dificultades pudieron, y al año escaso acabaron con ella. Nosotros, más nobles, más generosos, menos impacientes, nos contentamos con que la monarquía se vaya cuando ya no le reste nada que hacer contra la patria; cuando no pueda aceptarse su herencia ni á beneficio de inventario. Devolvemos bien por mal; esto es sublime. La tierra es para los monárquicos; pero el cielo, ¡oh! el cielo nos corresponde de derecho. Bienaventurados los mansos.

Hay momentos en que sospecho que cuantos influimos en la opinión republicana tenemos los mismos vicios que los monárquicos, agravados por la falta de forma y de costumbre; que los años pasados en vanas querellas nos han debilitado; que la idolatría ha influido poderosamente en nuestra conducta, y que los llamados jefes han sabido aprovecharse de las disensiones introducidas por ellos mismos para levantar barreras entre nosotros, y ponernos en el estado que nos vemos.

Pero ¿es que los jefes solos tienen la culpa? No, la tenemos todos. «¡Abajo los jefes si no se unen!» Esto hemos dicho muchos. Hoy sólo ya dos ó tres periódicos continuamos diciéndolo. «¡Autonomía! ¡autonomía!» gritamos; y aguardamos á que el jefe, el subjefe, ó el jefecillo se digne indicarnos lo que hemos de hacer. ¿Qué más? Muchas veces he excitado á que las provincias se organicen revolucionariamente, y no lo han hecho.

Estamos peor que creemos. Conocemos el mal, pero nos faltan ánimos para aplicarle el remedio. Si algunos bríos nos quedan, es para disputarnos éste ó aquél puesto en la junta ó el comité; para que se nos nombre concejales, ó diputados provinciales, ó padres de la patria. En esos momentos únicamente

parecemos ciudadanos y miembros de un partido.

Que la monarquía no puede salvar á España, lo saben hasta los mismos que la sirven y defienden; no es esto, pues, lo que hay que demostrar, sino que estamos en condiciones de ponernos á la cabecera del enfermo y curarle. Y esto no se consigue con oposiciones que no levantan el espíritu nacional, ni manteniéndonos separados, ni abominando de la federación los unitarios, ni los federales del unitarismo. Se consigue con adoptar por lema la palabra *República*, aunar nuestros esfuerzos para traerla y vencer nuestras pasiones para consolidarla. Mientras esto no se haga no vendrá, y si viniere será la que pide Castelar y serviría Sagasta.

Hay que reconocerlo: los diecisiete años transcurridos entre falsas esperanzas por un lado, pesimismos desconsoladores por otro, y por otro inacciones punibles, nos han trocado de entusiastas en indiferentes, de convencidos en desconfiados, de abnegados en egoístas, y es necesario un gran sacudimiento ó una gran abnegación en todos para que nos pongamos en condiciones de ataque y de defensa; de lo contrario, habría que llegar á esta conclusión. Si los monárquicos son tan inmorales como decimos; si no tienen hombres de Estado ni se cuidan más que de vivir al día; si sus procedimientos y sus doctrinas no encajan en los ideales modernos ¿cómo es que siguen gobernando? Si podemos barrerlos, ¿por qué no lo hacemos? Y si no ¿qué somos ni qué valemos?

1892

La última leyenda

No van quedando muchas leyendas en el partido republicano; pero hay una que persiste: la de los hombres de acción, y hay que echarla abajo.

No me atrevo á negar que esos hombres existan; mas después de haber visto que todos, yo el primero, hemos derrochado tesoros de prudencia en estos últimos tiempos, resignándonos humildemente con la dictadura vergonzante ejercida por Sagasta parapetado tras la suspensión de garantías, y que hemos escrito á gusto del gobierno, evitando reunirnos y manifestarnos para levantar el espíritu público, mirando con indiferencia las proposiciones de paz hechas á un enemigo frente al cual teníamos 200.000 hombres dispuestos á pelear, pasando más tarde por esa paz vergonzosa; después de haber callado ante todo eso sin tener un arranque de los que revelan pasión, indignación, ira, creo que ninguno tenemos derecho á llamarnos hombres de acción, y estamos en el deber de no profanar una frase que pudo aplicarse con justicia á los Rivero, Becerra, Sixto Cámara, Guillen, Carvajal, Bohorques, Toñete Gálvez, pero que, aplicada á los que nada hemos hecho ni hacemos en los días tremendos porque España ha pasado y pasa, podría parecer pueril, jactanciosa, ridícula...

Termine, pues, la leyenda de los hombres de acción, hasta que hagamos méritos para reanudarla con la de aquellos que ha citado; que no tiene esa leyenda derecho a perdurar habiendo desaparecido tantas otras y pudiendo ser ahora un obstáculo para que nos entendamos.

Cada día tienen menos razón de ser las diferencias entre nosotros. Ni siquiera la de federales y unitarios es disculpable; pero es más absurda aun la leyenda de hombres de acción y legalistas, no existiendo hoy un solo republicano partidario de la lucha legal exclusivamente.

Y siendo así, ¿a qué seguir manteniendo una división que no sólo nos incapacita para la acción, sino que aleja cada día más de nuestro lado a los mismos que pudieran coincidir con nosotros en la manera de aplicar el remedio a los males de la patria?

1899.

A mis lectores

Los que han dejado de serlo durante el año que termina, han hecho que sean mayores mi agradecimiento y mi cariño hacia los que continuarán leyendo lo que escriba en el que empieza.

No puedo ofrecerles otra cosa que trabajar como hasta aquí por la República, exponiendo lealmente lo que piense sobre los procedimientos más apropiados para traerla, juzgando con la independencia de costumbre los actos de los hombres que a su venida se opongan, y no pensando en lo que particularmente pudiera convenirme.

Es, no ya difícil, imposible fijar de antemano lo que cada uno hará en momentos tan decisivos para la patria como los presentes; por esto no anticipo proyectos que pudieran no cuajar, ni actos que acaso dejarán de realizarse. Lo que sí aseguro es que no haré nada de lo que algunos hacen por alcanzar o conservar cargo, influencia o popularidad, y mucho menos por obtener o cimentar una desahogada posición económica a la sombra de la política; es decir, que seré el de siempre y obraré como siempre, ocurra lo que ocurra y vayan las corrientes por donde vayan.

El año entrante será decisivo en los destinos del partido republicano, destinos que serán fatales, a menos que reaccione pronto y recupere lo perdido.

Porque no hay que engañarnos: en el año que mañana termina hemos perdido mucho, amén de hallarnos más divididos y perturbados que estábamos antes de hacerse la Unión.

Inútil sería cerrar los ojos para no verlo, y en balde negarlo. Pese a alguno que otro sacudimiento, derivado siempre de algo electoral, el partido republicano ha vuelto a caer en la desconfianza, esa gran enervadora. No se fia ya ni de los que pronuncian discursos parlamentarios sin finalidad práctica, ni de los que anuncian a plazo fijo movimientos de fuerza que no se realizan. Por esto desea y busca nueva orientación.

Y esta orientación no puede ser otra que la que resultaría de realizarse la anhelada conjunción del pueblo y el ejército, ya que el uno sin el otro nada sólido y duradero pueden establecer, é ir luego juntos a donde la salud y la vida de la patria les señale.

¿No se logra esto, porque los prejuicios, las estrecheces de criterio, los exclusivismos lo impiden? Pues la reacción clerical, triunfando por completo, caerá sobre todos, militares y civiles; y aquel día, o tendremos que centuplicar el esfuerzo para conseguir lo que hoy nos sería relativamente fácil, o que resignarnos con nuestra servidumbre y nuestra ignorancia, o que presenciar cómo vienen pueblos extraños a intervenir en nuestra vida nacional, a despojo de nuestra careada independencia y nuestro decantado patriotismo.

Y entonces no nos quedaría otro consuelo a los republicanos, que recordar, con ira los unos, con cariño los otros, estos tiempos de comités, juntas, discursos, banquetes, veladas, jiras, músicas, adhesiones serviles al jefe, vivas a los subjeses, traiciones electorales, componendas parlamentarias, complacencias inexplicables con los monárquicos un día, amenazas risibles otro, con todo lo demás que está ocurriendo.

Y los que nos oyeran recordar todo esto, ya con ira, ya con cariño, harían muy bien en decirnos: «¡Mentecatos! ¡Vosotros sois en primer término los responsables de que España haya caído tan bajo!» Y no tendríamos otro remedio que bajar la cabeza. Y menos mal si pudiéramos todavía disponer de dignidad bastante para bajarla avergonzados.

1905.

Lección merecida

Hay momentos en que la indignación se trueca en asco y el hombre digno encuentra más justo escupir al rostro del contrario que alojarle una bala en el corazón.

Así en la vida de los pueblos hay ocasiones en que un silbido abre mas brecha que un cañonazo; en que es preferible matar moralmente a ver correr la sangre; en que hay que buscar la justicia en el ridículo.

Por esto aplaudo la silba que han dado a los conservadores en Zaragoza.

El espectáculo fué grandioso. Un pueblo batiéndose por un ideal es grande; un pueblo silbando a sus tiranos es sublime.

¡Silbar! Esto es, acumular en un sonido todas las indignaciones y todos los desprecios; recordar todos los agravios y escupir todas las náuseas; poner en caricatura al que se hiere... Cuando un pueblo llega a ensayar ese arma mortífera, no debe dejarla de la mano (de la boca estarla mejor) hasta llegar donde quiere.

Por esto no me recato para decir: *¡Me alegro, me alegro y me alegro!* Tiempo era ya de que esa hez de la

política española tuviera algún tropiezo en su marcha triunfante por el camino de la arbitrariedad, la violencia y la inmoralidad; de que alguien protestara contra sus procacidades y sus insultos. ¡Llor a la juventud escolar por haberlo hecho!

¡Qué gran momento! Un poeta satírico de altos vuelos podría inmortalizarse describiéndolo.

Silbados como toreros de invierno los plebeyos endiosados que habían creído que ellos representaban la religión, la monarquía, la propiedad, la familia, la aristocracia, la clase media, el pueblo... en fin, la España entera...

Cuando los hoy estudiantes lleguen a viejos (como a todos los deseo) y reflexionen las peripecias de la jornada del domingo, sus biznietos los escucharán con la boca abierta, y al oírles decir: *nosotros formamos parte de ella*, sentirán admiración y envidia.

Reírse de ellos, darle la mayor serenata de pitos que se oyó jamás, hacerles saborear las angustias bascosas del ridículo, escupirles al rostro todas las burlas...

Y verlos gritar y gesticular en sus coches, eclipsando a los payasos de feria, amenazar cómicamente, recordar algunos las gaterías de su primitiva condición con gestos y ademanes de plazuela, eructar las primeras y mal condimentadas sopas que tragaron...

¡Todo esto es altamente hermoso y consolador!

Los histriones de la política quisieran tener el privilegio de no ser silbados. ¿Por qué? Cuando cualquiera de sus congéneres del género payaso se equivoca, los espectadores que presumen de más cultos y corteses silban a rabiar. Y si el comprar un asiento da ese derecho, ¿cuánto mejor debe darle el haber puesto la honra y la prosperidad de la patria en manos de esos tales?

Así, pueblo, silba, y silba fuerte. Silba hasta reventar... al que te escuche.

Que el silbido pase a ser el aire, yá que no el himno nacional, y el encargo de protestar contra fantochadas, desafueros é iniquidades.

¿Que los conservadores insultan al pueblo? Silba.

¿Que toman medidas fatales? Silba.

¿Que prometen lo que no cumplen, cometen arbitrariedades, falsean ideas salvadoras? Silba.

¿Que alardean de lo que no son ni fueron nunca? Silba.

Claro es que el silbido no sirve para todo y que a veces es necesario apelar a otros procedimientos; pero hasta tanto, ninguno tan eficaz.

Peticiones, manifestaciones, quejas, súplicas... música celestial que oyen impasibles los gobiernos. A fuerza de oírlos, acaban por burlarse de ellos. ¡En cambio una silba!

¿Quién podría contrarrestar una silba nacional?

En fin, que la silba es demoledora y debe ser elevada a la categoría de aire nacional, para que se vayan con viento fresco los que se dan aires de salvado-

res, cuando á lo sumo, y lo digo honrándolos todavía, son los petardistas de la política española.

1888.

Remitido

Señor Director de El Motín.

Muy señor nuestro: le agradeceríamos que insertase en el periódico de su digna dirección, la noticia de haberse declarado una huelga en los talleres adquiridos por el dueño del Emporio de Ventas, Leganitos 37, siendo curiosísimas las causas que la motivan, toda vez que dicho señor ha pretendido implantar en sus talleres el aumento en la jornada y la asistencia los domingos á la ceremonia de la misa en masa á una iglesia determinada, en la cual pronunciaba un sermón el P. Calpena.

Esta labor de catequistas iba disfrazada con el nombre de altruismo, siendo fácil demostrar que no significa sacrificio para el patrono, puesto que el abono del jornal diario no se hace graciosamente, sino que seis horas más que se trabajan á la semana y dos ó tres que se emplean para asistir á la iglesia, componen el día que dicho señor paga á sus obreros, atribuyéndose el nombre de protector de los mismos.

Respecto á la aceptación voluntaria de estas condiciones, con cuyo carácter se ha querido presentar, queda demostrado que no existe, pues á instancias de una comisión que visitó á dicho patrono, ofreció que por medio de una votación secreta aceptaría ó no las condiciones que en dichos talleres se quieren establecer, y dicho ofrecimiento no se ha cumplido, faltando así á la imparcialidad que pretendía de mostrar. Sin más le da las gracias anticipadas suyo affmo. s. s. q. s. m. b.,

La Directiva.

No me extraña lo que dicen esos obreros.

Todos los patronos que se cuidan de la salud del alma de los que trabajan, son cortados por el mismo patrón que ese.

Devoción, explotación é inhumanidad son para ellos palabras sinónimas.

¡VAYA UN CURA!

A nosotros había llegado el rumor de un suceso ocurrido anoche en el hospital, del que se ha dicho es autor un cura *sdtiro*, de esos que El Motín describe á veces á maravilla.

El hecho, tal como nos lo ha relatado persona conocedora del mismo, es como sigue:

Dos niñas, cuyos nombres no creemos del caso citar, estuvieron anoche antes de las diez en el hospital con el objeto de recoger una sombrilla que en dicho lugar habíanse dejado minutos antes.

A la salida, dice dicha persona, fueron invitadas por el capellán del establecimiento á que subieran á su habitación, haciéndolo así las niñas por atención al padre cura.

En dicho departamento estuvieron hasta después de las doce y media, hora en que el referido capellán las despidió.

Las mencionadas niñas refirieron á su familia, delante del sereno del barrio,

cuanto, el *sdtiro* había hecho con ellas, reñando hechos que se avienen muy poco ó nada con la moral.

El cabo de serenos ha dado cuenta del suceso esta mañana á la alcaldía, para que esta autoridad proceda como estime más conveniente.

¿Es cierto el hecho? ¿Qué hizo el cura con las dos criaturas? Las interesadas, los padres de las mismas y la voz pública dicen lo que antes anunciamos, aunque sin pelos ni señales, por que, como comprenderá el lector, hay cosas que no deben de cirse en los diarios por su nombre propio.

Según parece, las autoridades del hospital han tomado cartas en el asunto habiéndose dicho que han oído el relato de las niñas.

Y aquí terminamos, esperando saber algo más para darlo á conocer á nuestro lectores.

De todos modos, cuanto pudiera añadirse á lo dicho sería cosa de poca monta, porque á bastante asciende lo relatado.

Escrito lo que antecede, recibimos nuevas confidencias que vienen á confirmar cuanto antes decimos.

También se nos ha dicho que el referido capellán del hospital, D. Vicente Meliá, ha sido destituido del cargo á consecuencia de las *frescuras* que cometió y que, como decimos, son ya del dominio público.

Para finalizar debíase poner á su destitución un apropiado epitafio; pero dejamos al lector en libertad para que se lo aplique á su gusto y por su cuenta.

El Clamor.

Castellón.

~~~~~  
¿Hasta qué punto debe darse crédito á las palabras atribuidas al Jesús del Nuevo Testamento?

Una de sus principales enseñanzas es la de que la plegaria es atendida. El ha dicho: «Pedid y recibiréis». (Mateo, VII, 7), y también: «Si tenéis fe, todo cuanto pidáis en la oración, lo recibiréis» (Mateo, XXI, 22).

Hace ya tiempo que la gente de buen sentido no da crédito á esa promesa; y no se las da, precisamente por la conducta que observan los encargados de hacerlas cumplir.

Cualquiera le pide nada á ninguno de ellos, así tenga una fe más grande que la ignorancia de un traile.

Sobre todo, si se trata de dinero ó cosa que lo valga.

## Olvido explicable

El día 5 de los corrientes había de verificarse en la Coruña un entierro católico, que debía salir de la calle de San Francisco para el Cementerio á las siete y media de la tarde, hora á la cual se hallaba congregada delante de la casa mortuoria una muy respetable concurrencia.

Dieron las ocho, dieron las ocho y media, y el respetable ministro del Señor sin parecer.

Como la noche se echaba encima, la familia del difunto acordó que fuese con-

ducido al cementerio, á donde llegó á las nueve y pico, siendo depositado en la capilla.

El cura se disculpó diciendo que el monaguillo no le había recordado la hora.

Me bastan esos datos para deducir que el difunto no había dejado una cantidad decente para misas.

Por que si así hubiera, habría acudido el respetable ministro del Altísimo con la oportunidad debida.

La moneda es un poderoso auxiliar de la memoria en todos los que desprecian los mismos bienes terrenales.

## LIBRO NUEVO

### El P. Miguel Mir y San Ignacio de Loyola

ESTUDIO HISTÓRICO CRÍTICO DE S. PEY ORDEIX. UN TOMO DE 206 PAGINAS UNA PESETA

El título y el nombre del autor hacen perfectamente la descripción de este libro. En catorce capítulos y un apéndice trata la cuestión del carácter de San Ignacio cristalizado en la Compañía de Jesús, con gran novedad de método, con hondo conocimiento del asunto y con la dureza habitual del escritor especialista en estas materias.

La crítica y refutación de las historias hasta aquí conocidas de Ignacio, son de fuerza irresistible; las cuestiones que presenta á la nueva orientación de los investigadores, son de las más interesantes, las sendas que señala á los estudiosos, fueron hasta ahora desconocidas.

Todo esto, repleto de datos nuevos, ignorados muchos de ellos por los propios jesuitas, y la diversidad de estilos usados según los asuntos, á veces de concisión polémica, á veces de amenidad descriptiva, hacen que el libro se lea con ansiedad.

El trabajo de psicología comparada entre San Ignacio y el P. Mir, es de gran novedad y viveza. Todo esto, servido al público por el precio ínfimo de una peseta, promete la propagación rápida entre el público curioso, y sirve al propio tiempo para poner al alcance de las modestas fortunas lo más sustancial de la gran obra del P. Mir, extractada en este libro.

De venta en esta administración.

### El atentado personal y los jesuitas

Por Fray Gerundio

Precio: DOS PESETAS

LA RELIGION al alcance de todos

Una peseta



# Los obispos

por  
ROBERTO ROBERT

derecha, con su sortija para sellar, fuese regalada á los soldados de Granada.

\*\*

Ellos no sólo acuñaban moneda, cobraban peajes, ahorcaban como señores que eran y peleaban duro, sino que hacían cuanto había que hacer.

Cuando Eduardo I de Inglaterra quiso vengarse de Felipe el *Hermoso* de Francia, saqueó literalmente al clero, es decir, á los pobres, quitándole al clero mucho oro del que solía guardar para el siglo en que los pobres tuviesen ejércitos con que pedirselo.

Pero después aquel presuntuoso tuvo que prometer que ni él ni sus herederos levantarían impuesto alguno, como no fuere votado unánimemente por los libres y nobles de su reino, y especialmente por los arzobispos y obispos.

\*\*

Si la vida de Juan Soldado es tan larga de contar, imagine el lector qué sería la zaragata episcopal de Oriente, que jamás pudo hacer buenas migas con la Iglesia romana, porque Constantinopla se creyó siempre con tanto derecho como Roma para ser cabeza única de la cristiandad.

\*\*

Lo recuerdo ahora, porque precisamente bajo el pontificado de Gregorio X, el emperador Miguel había propuesto la reunión de las dos Iglesias, á lo cual se opusieron todos los obispos de Oriente, todos.

El patriarca José no sólo no se contentó con oponerse, sino que en una pastoral juró que jamás consentiría en ello. ¡Oh, qué energía la de los varones de aquellos tiempos!

Y cuando á consecuencia de un arreglo entre el Papa y el emperador se pronunció por primera vez en Constantinopla el nombre del pontífice, calificándole de obispo ecuménico, patriarca, prelados y monjes, familias, plebe, toda aquella endiablada cristiandad se lanzó á la bullanga.

\*\*

La cosa se enzarzó hasta tal punto, que el cristiano emperador Miguel Paleólogo hubo de prohibir que en las oraciones públicas se pronunciase el nombre del Papa; y si el hijo de Miguel quiso reinar en paz, tuvo que atemperarse en un todo á la voluntad de los obispos de allá, que era enteramente contraria á la de los obispos de acá; echó al patriarca puesto por su padre, y lanzó ignominiosamente de sus sedes á todos los obispos que con su padre y el patriarca habían tenido algún trato.

Si á lo menos la Iglesia solamente hubiese tenido que luchar con el degradado Oriente el daño habría sido menor, porque la mayor parte de los pueblos occidentales no habían tenido noticia del escándalo.

Pero entre la reyerta con Alberto de Alemania y la que hubo con Felipe el *Hermoso* de Francia ¿cómo ocultar á los fieles que el pontificado y el imperio, la espada espiritual y la espada temporal, en vez de bñdirse acordes contra los enemigos de la fe, no hacían más que gastarse y mellarse una á otra?

\*\*

El rey cristiano Felipe el *Hermoso* llegó á decir de Bonifacio VIII que era Papa de pega, y en lugar de escribirle deseándole mucha salud (*salutem plurimam*), le escribía deseándole «poca ó ninguna» y mandaba quemar la bula *Ausculta fili*, en presencia de los señores de su corte.

\*\*

En aquel período de lucha entre los dos poderes instituidos por Dios mismo (¡jium!) para que hubiera paz entre los hombres de buena voluntad, período que, por supuesto fué brevísimo, el buen Papa Bonifacio VIII llegó á encjarse tanto por la sinrazón hecha á un amigo suyo, que alzando la venerable frente exclamó: «¡Mal rayo de Dios me parta si no vengo la muerte del rey Adolfo!»

\*\*

Entonces, para acabar de una vez con el cisma de Oriente y las rebeldías, digámoslo así, de Occidente, publicó el Papa la bula *Unam sanctam*, en la cual se prueba que la Iglesia católica es una, santa y apostólica; que no tiene más que un jefe con dos espadas (espiritual y temporal); que no hay poder que no esté sometido al Papa, y en fin, pone el Papa su dominio por encima de todo, como pondría cada uno de nosotros el nuestro, si los demás nos lo consentían.

\*\*

Felipe el *Hermoso* había prohibido á sus súbditos que asistiesen al concilio, mas á pesar de esto, cuatro arzobispos, 37 obispos y seis abades franceses acudieron á Roma y formaron parte de la divina Asamblea.

Y así como los obispos ingleses habían desconocido la autoridad de Tomás Becket porque no había guardado obediencia al rey, así los prelados franceses desconocieron la autoridad del rey porque no guardaba obediencia al Papa.

Para que se vea como el episcopado es el jardín más ameno por la variedad de sus flores argumentativas.

\*\*

Al año siguiente reunió Parlamento Felipe el *Hermoso*; pero del brazo eclesiástico sólo pudo reunir á dos arzobispos y tres obispos.

La rabia le devoraba, y en vez de re-

conocer en aquel suceso el indicio de que el Señor no le protegía, se tiró de los pelos.

El abogado del rey, no menos rabioso, dijo allí que el Papa era «un intruso, un ladrón, un bandolero, un herje, un simoníaco, un enemigo de Dios y de la Iglesia, un perdido, á quien el rey, como protector de la Iglesia, debía meter en una cárcel.»

No parece sino que aquel abogado, que se llamaba, si mal no recuerdo, Guillermo Nogaret, había leído ya perlódicos españoles democráticos; porque ¿en aquel tiempo de piedad acríolada, de dónde había de haber sacado tamañas irreverencias?

\*\*

¡Ay! En aquel Parlamento hubo pocos prelados, es verdad; pero, doloroso es confesarlo: los demás que no asistieron no eran adictos al Papa como debían serlo, sino que vacilaban entre darse al sable espiritual y darse al temporal, y como el espiritual estaba lejos, ¿qué había de suceder?

Póngase el lector en lugar de los obispos, con su mitra, sus rentas y su miedo á los disparates que con ellos podía cometer el soberano temporal, y verá lo que es bueno.

En Junio del mismo año, 1303, convocó Felipe otro Parlamento y tuvo la impla satisfacción de ver que asistían á él treinta y nueve prelados!

Y aún tuvo el infernal goce de imaginar que si hubiese amenazado más fuerte, más prelados hubieran ido.

\*\*

«Muchísimos obispos, ciudades, señores y corporaciones religiosas se apresuraron á adherirse al Parlamento, donde se decretó la prisión del Papa;» veintinueve cargos se formularon contra Bonifacio VIII; Guillermo de Nogaret levantó gente en Toscana, y el día 7 de Septiembre, día nefasto y antipontifical entró aquella turba de extraviados cristianos en Anáni, al grito de: ¡Muera el Papal! ¡Viva el rey de Francia!

\*\*

Penetraron sin orden en el palacio del Papa, que les esperaba sentado en su trono, cubierto con su corona y con las simbólicas llaves en la mano, pero en vez de producirles un efecto más ó menos majestuoso como él esperaba, el cristiano Nogaret le dió de bofetadas en las pontificias mejillas y el Papa llamó canalla á Nogaret y á los suyos.

Y al dar cuenta la tradición de esas cortes razones, añade que las bofetadas de Nogaret fueron dadas al Papa con una mano cubierta de un guantelete de hierro.

\*\*

Al cabo de tres días los cristianos de  
(Continuara)

IMPRESA.—LIBERTAD 31—MADRID